



Una isla a la deriva: creolización de la violencia en la isla de San Andrés

Nicolás Henao Bard

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropólogo

Asesora

Lorna Carolina Ramírez Torres, Magíster (MSc) en Sociología

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita	(Hena Bard, 2022)
Referencia	Hena Bard, N. (2022). <i>Una isla a la deriva: creolización de la violencia en la isla de San Andrés</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Cespedes.

Decano/Director: John Jairo Muñoz Lopera.

Jefe departamento: Sneider Hernán Rojas Mora.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

Este trabajo va dedicado a la bella isla de San Andrés y sus habitantes. A mi familia que a pesar de las dificultades siempre ha estado allí para apoyarme.

Agradecimientos

A los docentes Jonathan Echeverri y Lorna Ramírez por haberme acompañado a lo largo del arduo proceso de escritura y formulación del trabajo de grado. También me gustaría agradecer al personal del Banco de la Republica sede San Andrés, especialmente al antropólogo Andrés Steele Mitchel. A los habitantes del barrio El Cocal y a los habitantes del barrio Natania.

Tabla de contenido

Resumen	7
Abstract	8
Introducción	9
Metodología	11
Términos utilizados en el contexto.....	13
1 Contextos sociohistóricos en San Andrés	15
1.1 La historia colonial del Caribe insular	15
1.2 La cultura en el Caribe: la creolización y la racialización	17
2. Historia, creolización y racialización en el Archipiélago	23
2.1 Breve historia del Archipiélago.....	23
2.2 El racismo derivado del proceso colonial dentro de la cultura raizal.....	25
2.3 Procesos de racialización y discriminación racial en el presente.....	28
3 Las violencias continentales de Colombia y la nueva violencia en el Archipiélago por el narcotráfico.....	30
3.1 Los inicios del conflicto armado en Colombia y la llegada de la violencia al Archipiélago	31
3.2 El narcotráfico y la inseguridad	35
3.3 Las remembranzas del pasado y como la violencia ha cambiado todo	39
4 El proceso de urbanización de la isla y su relación con la violencia	44
4.1 Natania: el proceso de urbanización de la isla	45
4.2 El Cocal: el narcotráfico y sus consecuencias.....	51
4.3. La creolización de la violencia: las violencias del continente plasmadas en la isla de San Andrés	53
4.3.1. Discriminaciones y tensiones étnico-raciales en la isla	53
4.3.2. De las tensiones sociales a la violencia urbana creolizada	56

4.3.3. La violencia urbana en la cotidianidad de la isla, reflejo de la violencia urbana continental.....	59
5 La juventud creolizada en un contexto de violencia urbana	63
5.1 Marginalidad juvenil y narcocultura en la isla	64
5.2 Mediatización de las violencias.....	66
5.2.1. Las acciones de los jóvenes ante la violencia	69
Conclusiones	74
Referencias	79

Lista de figuras

Figura 1 Mapas 1 y 3 de cartografía social	70
Figura 2 Mapas 2 y 4 de cartografía social	71

Resumen

Desde la década de 1990 la población de la isla de San Andrés se encuentra en un proceso de cambio, que abarca lo económico y lo sociocultural a raíz del reconocimiento político de un sector de los habitantes de la isla como grupo étnico raizal plasmado en la Constitución de 1991. Si bien este reconocimiento ha sido importante en materia de derechos del pueblo raizal, también ha dado un nuevo carácter a los conflictos sociales con los habitantes de la isla que no hacen parte de la etnia raizal. A esta tensión se suma la pérdida de beneficios económicos en la isla, ocasionada por la apertura de la economía colombiana durante el gobierno de Cesar Gaviria, lo que ha provocado que el narcotráfico se vuelva una fuente de ingresos viable para los habitantes de la isla. En este escrito analizo de qué manera la violencia generada por el narcotráfico afecta la vida de sus habitantes a partir de una etnografía realizada en dos barrios de la isla; también hago un recorrido histórico paralelo entre el contexto isleño y la Colombia continental a partir de eventos históricos relacionados con los hitos de violencia en ambos lugares, para explicar sus coincidencias y sus divergencias. En la isla los efectos del conflicto armado no se empezaron a sentir hasta finales de la década de los 90, mientras que en el continente los efectos han sido constantes desde que el conflicto tuvo inicio. En la isla, el grupo social a través del cual se ha manifestado el conflicto según sus habitantes es la juventud gracias a la influencia de la narcocultura.

Palabras clave: Violencia, Creolización, Juventud, San Andrés, Narcotráfico.

Abstract

Since the 1990s, the population of the island of San Andrés has been in a process of change, which encompasses the economic, social and cultural aspects as a result of the political recognition of a sector of the island's inhabitants as a Raizal ethnic group embodied in the 1991 Constitution. Although this recognition has been important in terms of the rights of the Raizal people, it has also given a new character to the social conflicts with the inhabitants of the island who are not part of the Raizal ethnic group. Added to this tension is the loss of economic benefits on the island, caused by the opening of the Colombian economy during the government of Cesar Gaviria, which has caused drug trafficking to become a viable source of income for the island's inhabitants. In this writing I analyze how the violence generated by drug trafficking affects the lives of its inhabitants based on an ethnography carried out in two neighborhoods of the island; I also make a parallel historical journey between the island context and continental Colombia, based on historical events related to the milestones of violence in both places, to explain their coincidences and differences. On the island, the social group through which the conflict has manifested itself according to its inhabitants is the youth thanks to the influence of narcoculture.

Keywords: Violence, Creolization, Youth, Island, Drug Trafficking.

Introducción

Dentro del contexto colombiano la violencia juega un papel fundamental a la hora de comprender las problemáticas sociales que ocurren en nuestro territorio y la forma como se distribuyen de modos particulares en territorios alejados del centro de gobierno. Este es el caso del Caribe insular colombiano, en específico el de la isla de San Andrés, cuya población en los últimos años se ha visto afectada de manera negativa por la violencia que se originó en territorio continental. Históricamente la población de San Andrés tiene orígenes diversos, desde las raíces africanas y europeas que conforman hoy en día la población raizal, hasta los migrantes de origen árabe conocidos como “turcos” y los residentes/migrantes de origen continental conocidos como pañas (Torres, 2011). En la actualidad son los pañas quienes conforman la mayor parte de la población de San Andrés. En algunos espacios cotidianos la actual violencia de la isla es atribuida a agentes externos, directa o indirectamente a la afluencia de migrantes, sin embargo, cuando se les pregunta directamente a los pobladores, suelen atribuir la violencia a la juventud.

La investigación sobre la violencia en la isla de San Andrés ha sido abordada desde pocas perspectivas etnográficas, por ejemplo, Mantilla (2011) y Sánchez-Jabba (2013) la abordan con un lente estadístico y político; Avella (2009) estudia el narcotráfico desde una perspectiva etnográfica, mas no la violencia; Valencia (2015) profundiza sobre los conflictos interétnicos desde la etnografía, pero tampoco profundiza sobre la violencia.

Hay que tener en cuenta que los hechos violentos relacionados con el narcotráfico y el crimen urbano se han vuelto comunes en los últimos años en la isla; esto se dio a partir de la desmovilización de grupos paramilitares en el 2005, lo que provocó que disidentes de estos grupos (por ejemplo, *Los Rastrojos*) establecieran bandas criminales en el territorio que luchan por el control del tráfico de drogas, armas, etc.

La importancia de la isla para los traficantes no recae ni en el cultivo, ni en la venta de drogas sino en el transporte de estas, puesto que la localización de la isla la convierte en un cruce clave a la hora de traficar mercancías ilegales (Valencia, 2015). Desde el 2007 los índices de muertes violentas han aumentado en el territorio de manera exponencial. Así, mientras en el año 1999 la mayoría de las muertes fueron ocasionadas por accidentes de tránsito (52% de las muertes

totales de la isla), en el año 2011 las muertes ocasionadas por accidentes de tránsito se redujeron a un 34%. Por el contrario, las muertes violentas aumentaron un 59%. Es más, entre los años 2009 y 2011 se dio un alza del 135% en las tasas de homicidio del territorio (Sánchez-Jabba , 2013).

En Colombia hay una brecha grande entre lo rural y el espacio urbano, potenciada por el conflicto armado surgido en los años 60. La isla de San Andrés no se vio afectada directamente por dicho conflicto; es decir, la violencia que éste ocasionó no llegó hasta el territorio sino hasta finales de la década de 1990. Los efectos del conflicto se han manifestado a través de la migración descontrolada de personas continentales que huían de las malas condiciones de vida que proporciona Colombia como la falta de control político y la corrupción; y, la violencia desmedida que ha generado el narcotráfico desde principios del siglo XXI. De esta manera, la pregunta principal de esta investigación es ¿de qué manera la violencia que genera el narcotráfico impacta las relaciones sociales entre los distintos grupos étnicos que habitan la isla?

En el **primer capítulo** se realiza una reconstrucción histórica del Gran Caribe y su relación con el proceso de creolización que deviene en nuevas y distintas culturas dentro del contexto del Gran Caribe. En el **segundo capítulo** se aborda la historia colonial del Archipiélago, la racialización que se produjo en esta y la creolización particular que se da en el contexto gracias a los continuos flujos migratorios que han pasado por este, desde los puritanos británicos llegados en el siglo XVII, hasta los pañas que empiezan a llegar a mediados del siglo XX. En el **tercer capítulo** se hace un recuento histórico de la violencia producida por el conflicto armado en Colombia y la manera como se ha entrelazado al día de hoy con la presencia del narcotráfico en la isla, y como la violencia ha cambiado la vida de sus habitantes.

En el **cuarto capítulo** se habla sobre el trabajo etnográfico realizado en dos barrios de la isla de San Andrés y sus relaciones con problemas actuales de la isla: la violencia generada por el tráfico de diversas mercancías (drogas y armas en especial), y el proceso de urbanización que se ha generado de manera acelerada y desorganizada en el territorio a raíz de las continuas migraciones continentales desde la apertura del Puerto Libre en 1953. En el **quinto capítulo** se habla de la creolización de la violencia, la cual involucra prácticas violentas nacidas en la plataforma continental colombiana y también de Centroamérica. En este mismo capítulo también se aborda el papel que tiene la juventud y su relación con la narcocultura.

Metodología

El diseño metodológico del trabajo de campo se dividió en dos etapas. La primera parte de la investigación busca dar un contexto general de la violencia en la isla; la segunda etapa se lleva a cabo dentro de dos barrios, Natania y El Cocal, donde hice la mayor parte de labor etnográfica al interactuar con sus habitantes. En las dos etapas de la investigación se realizaron entrevistas a profundidad, a un total de quince personas; también se realizó observación participante. El uso de la cartografía social en la segunda etapa permitió entender la perspectiva de los interlocutores con relación a la “producción dialógica y situada del conocimiento que tiene entre sus recursos la imagen audiovisual, las memorias recreadas en los recorridos, las historias y relatos de vida” (Montoya, 2014, p. 192) sobre las vivencias de los habitantes sobre la violencia producida por el narcotráfico.

Etapas I: contexto general de la isla

Para la primera etapa realicé una inmersión en el contexto general de la isla de San Andrés, a través del contacto con personalidades importantes en la sociedad de la isla como funcionarios del gobierno y líderes sociales. La cercanía a estas personas se ha venido gestionando gracias a que, en tanto investigador, soy oriundo de la isla y mi núcleo familiar y social se encuentra en el territorio. De igual manera, en esta etapa se realizaron visitas a distintas instituciones de la isla, como lo son el Banco de la República y la OCCRE para realizar entrevistas y hacer observación participante.

Etapas II: trabajo en barrios

Los barrios El Cocal y Natania están ubicados en el norte de la isla cuyos habitantes son variados entre raizales y pañas. En estos dos barrios es donde realicé gran parte del trabajo etnográfico, mediante el acompañamiento a la cotidianidad de algunos de sus habitantes, entrevistas no estructuradas y a profundidad, en conjunto con un taller de cartografía social realizado a un grupo de treinta y cinco jóvenes. El barrio El Cocal ha sido uno de los sitios más destacados en cuanto a conflicto de bandas criminales, ya que se encuentra junto a otros barrios que también cuentan con bandas delincuenciales dedicadas al tráfico de drogas. Durante la estadía se estableció contacto con las juntas de acción comunal de los barrios, y con una iglesia del barrio Natania llamada “Sagrado Corazón”.

Términos utilizados en el contexto

El Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina es un territorio con un contexto cultural particular dentro del territorio colombiano. A lo largo del tiempo han surgido una serie de términos para referirse a los grupos de personas que habitan el territorio puesto que el Archipiélago ha estado sujeto a distintas corrientes migratorias, tanto internacionales como nacionales. Se hace necesario aclarar dichos términos antes de que el lector / la lectora se aproxime a este trabajo de grado.

Desde la constitución de 1991 (Art. 310) se reconoce como territorio bajo jurisdicción especial al Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina y a su población étnica: los raizales. Amparado bajo el decreto 2762 de 1991 se estableció la Oficina de Control, Circulación y Residencia (OCCRE) de la cual depende el control de la densidad poblacional en el territorio. La definición de términos que procedo a realizar a continuación se extrae de la Constitución colombiana, documentos académicos, mi experiencia en el contexto isleño, y el habla coloquial de las personas.

Champetudos: es un término utilizado para referirse a las clases económicas bajas del Archipiélago desde las miradas de las clases medias y altas. En especial, el término hace referencia a personas que descienden de migrantes continentales de la Costa Atlántica. Se los considera “The bringers of all evil” a las Islas por parte de la población más antigua. El origen de esta palabra se explora en el capítulo 4.

Continetales: en 1953 se establece a la isla de San Andrés como Puerto Libre, lo que provoca que millares de personas de la plataforma continental migren a la isla con el fin de generar recursos; migran tanto negociantes como trabajadores de “a pie” de todas las zonas del país. Así se conoce, como lo dice el nombre, a las personas que migraron desde la Colombia continental hacia el Archipiélago.

Creole e inglés caribeño: el creole es una lengua criolla, mezcla de inglés con rastros de lenguas africanas, surgido durante la época de la esclavitud en las islas. Esta lengua fue utilizada por los esclavos para confundir a sus amos. El inglés se habla gracias a la colonia inglesa que tuvo

la isla entre los siglos XVII y XIX. En la actualidad, las dos lenguas tienen un papel fundamental dentro de la identidad raizal.

Isleños: por isleño se conoce a las personas que más conservan las tradiciones culturales de los raizales; suelen vivir en las zonas “rurales” de la isla, hablar creole como primera lengua y practicar religiones protestantes

Pañas: el término es ambiguo; es utilizado de manera coloquial por los habitantes de la isla y en algunas ocasiones se utiliza de manera peyorativa (por parte de los isleños) para designar a personas provenientes de la parte continental de Colombia sin importar su color de piel. Pero por otro lado también son personas que no pertenecen a la comunidad raizal y que no manejan ni el creole ni el inglés.

Raizales: Según el artículo 310 de la constitución de 1991, se reconoce como raizales a los integrantes del grupo étnico creole del Archipiélago. Los raizales son los descendientes de las múltiples culturas de origen variado que habitaron el territorio antes de la colombianización del Archipiélago, y cuyas lenguas son: el español, el creole y el inglés (Torres, 2013).

Residente: término legal utilizado por la OCCRE para definir a aquella persona no raizal que tiene el derecho a vivir en el Archipiélago.

1 Contextos sociohistóricos en San Andrés

En este apartado se describe la historia colonial del Gran Caribe de manera general, y la manera como ciertas prácticas de colonización de este territorio distinguen el proceso de colonización en islas del Caribe del proceso en tierra firme.

En sus subapartados me centro en hacer un recuento de la historia colonial del Gran Caribe, en contraste con la historia colonial de Colombia, para crear un lente que nos permita ver las diferencias culturales que distinguen al Archipiélago de la Colombia continental que fue asolada por el conflicto armado. Este recuento toma en cuenta las dinámicas del racismo y la discriminación colonial propia de los diversos imperios europeos, los cuales dejaron huella en el pueblo raizal, hasta las nuevas manifestaciones de discriminación, generadas por el contacto entre migrantes colombianos y la población autóctona de la isla.

1.1 La historia colonial del Caribe insular

Hablar del Caribe en general resulta confuso ya que es un territorio que durante el periodo colonial estuvo bajo el agitado dominio de diversas colonias europeas. En esta época, las islas del Caribe fueron uno de los territorios objeto de la disputa permanente por los distintos imperios que llegaron a ocuparlo. Jamaica, por ejemplo, fue primero un territorio español para después pasar a ser parte del Imperio británico (Figueredo, Argote-Freyre, 2008).

El proceso de colonización del Caribe empezó con la llegada de Cristóbal Colón en 1492, el cual inició por el Gran Caribe: primero llegando a La Española —isla que hoy en día es compartida por los estados de Haití y República dominicana— para después pasar a territorio centroamericano por la actual Costa Rica (Torres, 2010; Benítez, 1986).

Los primeros habitantes del territorio fueron los pueblos indígenas originarios: Misquitos, Arawaks, Taínos, Caribes etc, quienes paulatinamente fueron desapareciendo (a excepción de los misquitos que todavía existen) como consecuencia de las enfermedades traídas por los europeos,

así como por los intentos fallidos de esclavitud hacia los indígenas, quienes se mostraban agresivos ante los colonizadores. No está de más decir que los indígenas aparecían como “criaturas débiles” según los europeos, ante los trabajos forzosos de la esclavitud (Figueredo, Argote-Freyre, 2008).

Desde el siglo XVI empezaron los primeros negocios de los europeos con la esclavitud, debido a la ineficacia tanto de los trabajadores europeos como de los indígenas rápidamente diezmados. Se empezó la esclavización de personas de África para ser llevados a las colonias caribeñas bajo el pensamiento de “que los africanos estaban bien aclimatados para el territorio caribeño, y que eran conocidos por su capacidad para el trabajo pesado, y que no eran tan susceptibles a las enfermedades como los Taínos.” (Figueredo, Argote-Freyre, 2008, pp 60. Traducción propia)”. A lo largo del siglo XVI y hasta principios del siglo XIX se traficaron alrededor de 4 millones de esclavos desde el continente africano hacia el Caribe, repartidos entre las colonias españolas, inglesas y francesas (Figueredo, Argote-Freyre, 2008).

El Caribe posee una riqueza cultural particular gracias a que durante la época de la colonia se dio una corriente intensa de flujos migratorios desde África, Europa, y Asia (Benítez, 1986, p. 117). En sus albores, la colonización del Gran Caribe se dio con el fin de producir, y no tanto de poblar la zona. Las prácticas económicas de las colonias francesas, inglesas y neerlandesas, principalmente, se concentraron en las plantaciones de tabaco, azúcar, y algodón, pero en profundidad, las colonias se establecieron con intención de sabotear el Imperio español que, desde el siglo XVI, se destacaba como la cabeza en la carrera de Indias (Zambrano, 2007; Figueredo, Argote-Freyre, 2008).

La historia del Caribe resulta tan particular que aquellos imperios que se aliaron en contra del Imperio español también mantuvieron luchas entre ellos mismos, como es el caso de los imperios británico y francés. Una de aquellas particularidades fue la piratería en el Caribe, que surgió con las iniciativas de bucaneros franceses y ataques a colonias británicas a lo largo del siglo XVII (Gómez, 2019). No está de más decir que a lo largo del siglo XVII el Imperio británico otorgaba permisos especiales a un buen número de marinos para ejercer la piratería. Estos navegantes fueron conocidos con el nombre de “corsarios”: Henry Morgan fue uno de ellos, quien también llegó a ocupar el puesto de gobernador de Jamaica bajo las órdenes del rey Carlos II de Inglaterra (Gómez, 2019, p. 207).

Las autoridades de los imperios que compitieron por el control del Caribe se dieron cuenta de la magnitud de impuestos que cobraban los españoles a sus colonias durante los siglos XVII y XVIII. Y, en consecuencia, poco a poco aprovecharon para cimentar las prácticas de contrabando, piratería y corsarismo, a costas de los españoles, con el propósito de desestabilizar a sus adversarios y aminorar su dominio sobre el comercio y sobre las rutas del Caribe. Las alianzas entre corsarios franceses e ingleses para saquear y destruir puertos y colonias españolas no fueron raras. Dentro de este tipo de hazañas, fueron famosos los asedios de Francis Drake a territorios colombianos como Cartagena, o a áreas centroamericanas como Panamá (Casimir, 1992; Zambrano, 2007).

1.2 La cultura en el Caribe: la creolización y la racialización

Es importante hacer una aclaración en lo referente a la noción de raza, puesto que, en el contexto caribeño, la *raza* como categoría presenta una diferencia en la forma de percibir la identidad de las personas (basada en el color de la piel) a comparación de lo que pasa en la parte continental de Colombia. En los dos contextos se parte de historias coloniales distintas. En el continente, de acuerdo con José Luis Romero (1999), la colonización de tierras americanas por parte de españoles y portugueses, estableció un orden social basado en el color de piel de las personas: primero, europeos; segundo, criollos; tercero, mestizos; cuarto, indígenas; y por último, negros. Tal era el orden social de las colonias ibéricas.

Dicho orden tomó un rumbo distinto, especialmente en Colombia, después de la guerra de independencia, donde los criollos y mestizos terminaron formando la élite nacional (Viveros, 2000; Romero, 1999) excluyendo a los demás grupos, especialmente a las negritudes. Esto ha provocado que en Colombia exista un orden social racializado y que segrega a las poblaciones excluidas desde la época de la colonia.

Ahora, en el territorio caribeño insular, el orden no se dividió en varias castas, sino que se dio un choque inmediato y desigual entre *blancos (amos)* y *negros (esclavos)* gracias a la institución dominante durante la época de la colonia: la plantación (Casimir, 1992). Así, cuando

me refiero a “raza” en el texto hago referencia a las distintas formas de racialización que se pueden llegar a dar en contextos distintos y en épocas distintas. Como veremos a lo largo de este capítulo, en el Caribe ha ocurrido una reivindicación de lo *negro* a través del tiempo.

Uno de los conceptos clave encontrados en la literatura académica del Caribe es el de *creolización* el cual nos permite entender las formas en las que llegan a interactuar múltiples culturas cuando son puestas en un mismo espacio. Para los individuos pertenecientes a las diversas culturas que llegaron al Caribe, la migración desde cada uno de sus lugares de origen —forzada o voluntaria— significó un cambio. La multiplicidad de culturas tuvo que interrelacionarse, lo que dio paso a un proceso de creolización dentro del espacio colonial donde todos eran migrantes; tal cambio y choque es abordado por varios autores como Glissant (1992), Bonniol y Benoist (1997), Hall (2015), Casimir (1992). Hall (2015) define la creolización como un

proceso de 'transculturación' cultural (que) ocurre de tal manera que produce, por así decirlo, un 'tercer espacio', un espacio vernáculo 'nativo' o indígena, marcado por la fusión de elementos culturales extraídos de todas las culturas originarias, pero que resulta en una configuración en la que estos elementos, aunque nunca iguales, ya no pueden ser desagregados o restaurados a sus formas originales, ya que ya no existen en un estado 'puro' sino que han sido permanentemente 'traducidos'. (Hall, 2015, p. 15)

Casimir (1992) explica el nacimiento del término “creole” dentro de la lengua francesa en oposición al término de “criollo” propio del español. Por un lado “criollo” hace referencia a la persona de origen español nacida dentro de las colonias, pero que conservaba un estatus alto (Romero, 1999). Por otro lado, el término “creole” hace referencia al “mestizo caribeño” la mezcla racial y cultural surgida en el Caribe y en espacios de colonización distintos al español (Casimir, 1992).

Un elemento distintivo de la creolización que nos recuerda Bonniol y Benoist (1997) es el hecho de que las diferencias culturales y biológicas pueden seguir dos tipos de variantes. En el primero, las culturas involucradas se logran sincretizar a través de un proceso de larga duración, que involucra aspectos biológicos y culturales de cada uno, el mestizaje:

Ante tal heterogeneidad de culturas o poblaciones, parecen posibles dos tipos principales de evolución. Por un lado, la mezcla, ya sea cultural o biológica (esta última, por la percepción de una distancia a cruzar y gracias a los resultados inmediatamente visibles de sus productos, suele servir como metáfora para ilustrar el fenómeno general, bajo el nombre de mestizaje). La mezcla generalmente requiere una larga duración, a través de la cual las contribuciones de los recién llegados se entrelazan inextricablemente con la herencia de los primeros asentados. (Bonniol y Benoist, 1997, p. 7. Traducción propia)

En el segundo, por la fuerza y la discriminación racial varias culturas deben convivir a través de un choque cultural, es decir, la creolización: “(...) también se puede mantener una asociación en el tiempo entre una diferencia, cultural o fenotípica, y una partición social, lo que produce una yuxtaposición de grupos cuyo idioma, religión, valores fundamentales, e incluso la apariencia física pueden diferir.” (Bonniol y Benoist, 1997, p. 8. Traducción propia)

De hecho, Bonniol y Benoist cimentaron la creación de las culturas criollas bajo dos ejemplos: “La Galia Antigua es un buen ejemplo, que, hasta principios de la Edad Media, integró, desde un sustrato indígena, el legado de los diversos invasores. Que, esencial, de los romanos, ya que se trata de la lengua y la cultura erudita, pero también de las tribus bárbaras”. (Bonniol y Benoist, 1997, pp 7). De esta manera, se puede decir que la principal diferencia entre la creolización y el mestizaje es que la creolización crea un nuevo producto cultural como lenguas, música o comida; mientras que el mestizaje supone sincretismos culturales, es decir, las mezclas no son totales sino parciales.

No está de más decir que en el Caribe las migraciones africanas forzadas y el sistema esclavista predominante durante la época de la colonia impidieron una convivencia horizontal de los sectores *blancos* y *negros*. En consecuencia, se dio lugar a un racismo basado en las interacciones desiguales entre diversas culturas dentro del territorio del Caribe, en el que *el blanco* aparece como dominador *del negro* y, al mismo tiempo, un modelo a seguir de este (Fanon, 2009). Esto se evidencia en la historia raizal del Archipiélago, pero tal tema será explicado en apartados posteriores, puesto que las dinámicas raciales y de exclusión han cambiado con el paso del tiempo.

Taylor (2010) nos dice cómo el proceso de creolización “genera microclimas culturales y lingüísticos inesperados, que a su vez se interpenetran en otros micro-climas y macro-climas”

(Taylor, 2010, p. 36). Es decir, en el entramado del Caribe no se puede hablar de una sola cultura. No todos los territorios que conforman el Caribe siguieron la misma historia de colonización y, por ende, no tienen la misma cultura: cada una tuvo su proceso particular de independencia y de creolización.

Cada país, cada isla, cada archipiélago que conforma el Caribe insular presenta variaciones culturales. Por ejemplo, en Jamaica se habla inglés y *patois*, en Martinica se habla francés y creole; Jamaica se independizó en los años 50, Martinica sigue siendo parte de Francia. Pero a cada isla las une el hecho de no ser terrestre, y de haber sido el principal motor económico de movilización de mercancías durante la época de la colonia.

La cultura de los archipiélagos no es terrestre —como son casi todas las culturas—; es fluvial y marina. Se trata de una cultura de rumbos, no de rutas; de aproximaciones, no de resultados exactos. Aquí el mundo de las líneas rectas y los ángulos (la esquina, el plano inclinado, la encrucijada) no domina; el que domina es el mundo fluido de las curvas. (Benítez, 1986, p. 121)

De esta manera, la consideración de “la raza” dentro del Caribe insular presenta diferencias en cada lugar, a tal punto que una persona “*negra*” puede ser considerada como “*blanca*” en distintas partes del Caribe. Por ejemplo, en Taylor (2010), la diferencia en la percepción racial crea formas particulares de discriminación y exclusión dentro de las islas que lo conforman. A lo largo del tiempo, las nociones de raza en el Caribe también han cambiado gracias a los movimientos emancipatorios y sociales que empezaron a surgir en el siglo XIX.

La independencia de Haití a principios del siglo XIX marca un hito en la historia de la esclavitud en América, ya que es el primer movimiento en Latinoamérica que emancipa a un grupo de personas que se encontraba bajo el yugo de los europeos, y reivindica la negritud impulsando movimientos antiesclavistas por todo el continente. Estos movimientos continuaron y se propagaron más allá de América, por ejemplo, en África donde en la primera mitad del siglo XX surgieron movimientos revolucionarios anticoloniales, como ocurrió en Argelia (Gilroy, 1993). En Estados Unidos, particularmente en la segunda mitad del siglo XX comienza una lucha por los derechos civiles de los afroamericanos a causa del racismo estructural que padecían. La revolución de Jamaica llevó a su independencia de Inglaterra, en la que el papel del *negro* se reivindicó, y deja

de ser considerado como una “raza inferior” (Gilroy, 1993; Casimir, 1992; Benítez, 1986; Hall, 2003).

Es de resaltar que las mezclas nacidas de las culturas creoles son predominantemente de raíces africana y europea. Para Glissant (1992) una forma de entender la creolización es a partir de la formación de idiomas nuevos producidos por el choque cultural durante la época colonial. La característica principal de las lenguas criollas es el hecho de que no se puede hacer un rastreo histórico de algunas palabras que las conforman. Una de las causas se dio durante la época de la colonia con el tráfico de esclavos; los traficantes no juntaban esclavos que hablaran la misma lengua.

En el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina la lengua creole se estructura en el inglés, con palabras de diversas lenguas africanas, y hoy en día con influencia del español (Ramirez-Cruz, 2017). Como lo menciona Chaudenson y Mufwene (2001), las lenguas criollas atraviesan dos procesos de formación distinto: el primero, en el cual la lengua se forma y adquiere características de una lengua endógena, lo cual ocurre en lugares donde la colonia solo se dirigió a tener puestos comerciales las cuales servían como herramienta de mediación entre comerciantes, como lo fueron los portugueses en Senegal. El segundo proceso se caracteriza por ser

(...) exogenous, developed out of contacts among immigrants and the transplanted populations. They are often insular varieties, as was the case with all French creoles – if we view Louisiana and Guyane (French Guiana) at the outset of their colonization as ‘continental isolates. (Chaudenson y Mufwene, 2001, p. 23)

En el caso del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, el creole surge del proceso exógeno, del contacto de los distintos inmigrantes que llegaron a las islas, entre británicos, españoles y africanos se formó el creole isleño.

Como hemos visto, la creolización es un proceso de mezcla cultural que se ha dado principalmente en el Caribe Insular que da paso al surgimiento de nuevas culturas en contextos específicos donde confluyeron muchas culturas. En el siguiente apartado se sitúa el proceso de creolización en el contexto histórico del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina,

y se explora de qué manera ha contribuido a la racialización de las personas en la isla de San Andrés.

2. Historia, creolización y racialización en el Archipiélago

En este apartado me referiré a las distintas formas de racialización que ha tenido la población del Archipiélago a lo largo de su historia, las cuales han sido atravesadas por procesos de creolización; desde los flujos migratorios procedentes de Europa, África y en menor medida Asia; hasta la actualidad cuando se han entablado relaciones culturales y de mestizaje con la población continental de Colombia. Lo anterior ha provocado nuevas formas de discriminación dentro del contexto que han desembocado en tensiones sociales desde finales de los años 90.

2.1 Breve historia del Archipiélago

El Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina fue descubierto a principios del siglo XVI por exploradores españoles. Sin embargo, el Archipiélago no fue habitado por estos, sino que fue dejado en el camino, dado que no significaba mucho para los intereses del Imperio español. En esta época, el territorio fue utilizado por los indígenas misquitos como campamento de pesca (Romero, 2020). Tiempo después, en el siglo XVII, colonos ingleses llegaron a las islas para establecerlas como centro comercial entre Sudamérica, América del Norte, y América Central.

La llegada de estos colonos europeos trajo consigo la trata de esclavos desde África. Sus descendientes, hoy en día, hacen parte en su mayoría del pueblo raizal. Inicialmente los británicos que se instalaron en las islas fueron derivados de las 13 colonias originales que habían sido destinadas hacia Norteamérica por parte del Imperio inglés. Este grupo de personas tomó la decisión de buscar mejores tierras puesto que los ideales puritanos con los que se establecieron se fueron desvaneciendo y, de esta manera, llegaron al Archipiélago buscando mantener dichos ideales (González, 2015; Torres, 2010).

El trabajo duro, la producción y el seguir el camino del señor con una ferviente fe fueron las principales motivaciones de la colonia que llegó al Archipiélago. Sin embargo, lentamente esta se fue inclinando hacia las prácticas de piratería y corsarismo de los siglos XVI y XVII, con la

llegada de algunos marinos neerlandeses y con las políticas promulgadas por el Imperio británico en contra del Imperio español. Así, las islas de San Andrés y Providencia se consagraron como territorios estratégicos para contrarrestar la movilización de tesoros y mercancías del Imperio español (Solano, 2014; Salas, 2015).

Durante la época de la colonia, la población de la isla se dividía en esclavos traídos forzosamente desde África (en su mayoría, con escala en Jamaica) y blancos europeos (Román, 2020). En 1806 la isla era poblada por “1200 personas, incluyendo 800 negros. La explotación de los esclavos produjo tanto descontento que en 1799 un segundo levantamiento de esclavos solo fue sofocado por la llegada de un barco español” (Robinson, 1974, p. 21). La economía de plantaciones principalmente de algodón y coco, surgidas a lo largo del siglo XVIII y XIX, poco a poco dio origen a una cultura creole:

Para San Andrés y la isla vecina de Providencia se puede demostrar la evolución de una cultura insular propia en contraposición con la de una cultura más amplia y regional. El desarrollo de una cultura y una identidad propias fue posible a través de la colonización continua desde finales del siglo XVIII (Solano, 2014, p. 28).

Durante el siglo XIX y durante las guerras de independencia de países latinoamericanos como Colombia y México, el Archipiélago fue un espacio que no se involucró directamente en las guerras de independencia ya que solo sirvió de base para movilizaciones navales militares. El corsario francés Louis Aury, se estableció en las islas durante la guerra de independencia colombiana acompañado por 800 hombres con quienes estaba dispuesto a apoyar a Simón Bolívar, pero Bolívar rechazó su ayuda. Por esta razón el Archipiélago estuvo bajo el control de Aury desde 1816 hasta 1821. Cabe aclarar que desde 1811 hasta 1821 el Archipiélago presentó una forma de gobierno autónomo hasta que Colombia, después de su independencia, “incluyó” las islas dentro del departamento de Bolívar (Avella, 2009; Solano, 2014).

En la segunda mitad del siglo XIX la economía del Archipiélago creció de gran manera debido a la abolición de la esclavitud en Colombia: “Para 1853, cuando es abolida la esclavitud en el territorio insular colombiano, muchos amos les concedieron a sus antiguos esclavos porciones pequeñas de tierra para que habitaran y cultivaran en ella” (James, 2014, p. 28). Es durante esta época cuando se mantiene una relativa paz; también es cuando las prácticas de la comercialización

de los cultivos de las plantaciones de algodón y coco prosperaron significativamente, a la vez que se establecieron relaciones comerciales fuertes entre Estados Unidos (James, 2014; Robinson, 1974), Colombia y el Archipiélago.

De hecho, el cultivo y la exportación de la copra y nuez de coco desde San Andrés hicieron que el comercio con Estados Unidos se potenciara tanto que la permanencia de compañías y agentes de este país en el territorio insular fuera constante durante la segunda mitad del siglo XIX; y, de hecho, la soberanía de Colombia sobre el Archipiélago llegó a ser disputada durante este tiempo (Robinson, 1974). Así, “durante esta época la presencia de agentes comerciales estadounidenses en el Archipiélago, y el arriendo que hacían de los diferentes cayos, fue un hecho que puso en entredicho la soberanía colombiana sobre estos, permitiendo que se explotaran recursos del Archipiélago, como el guano.” (James, 2014, p. 35). Lo anterior permitió que las poblaciones negras del Archipiélago pudieran tener un ascenso social ya que la tierra les pertenecía y las ganancias también (James, 2014).

2.2 El racismo derivado del proceso colonial dentro de la cultura raizal

Frantz Fanon, en su primer libro publicado “Piel negra, máscaras blancas” (2009), realiza un examen psicoanalítico de la persona negra dentro del contexto colonial francés en el Caribe. Fanon nos cuenta cómo tantos años de colonia francesa en el Caribe relegaron al negro a ser tratado con condescendencia por parte de los blancos franceses, lo que creó “una pantalla de inferioridad” en los negros de la colonia.

Para cimentar dicha pantalla en el imaginario social, Fanon nos habla del “petit-nègre”, término que hace referencia a una variación dialéctica del francés que utiliza el blanco francés de manera condescendiente para “poner al negro en su lugar”. Esto se reafirma cuando el negro asume su papel de “ser inferior” al hablar y responder en el mismo tono de voz: “Hablar petit-nègre es encerrar al negro, es perpetuar una situación conflictiva en la que el blanco infesta al negro de cuerpos extraños extremadamente tóxicos. Nada más sensacional que un negro expresándose correctamente porque, verdaderamente, asume el mundo blanco.” (Fanon, 2009, p. 61)

Fanon también nos habla de cómo la utilización del creole antillano derivado del francés era algo mal visto por las clases altas de la colonia y por los franceses. Algo similar ocurrió en San Andrés y Providencia donde el creole de base inglesa llegó a tener una connotación de marginalidad social y ligado a lo negro, mientras que, en Providencia, donde se situaron la mayoría de los blancos, a hablar un inglés más “puro” está mejor visto (Ramírez-Cruz, 2017).

Wilson (2004) en su etnografía de los años 50 en la isla de Providencia pudo explorar la idiosincrasia de los isleños, resaltando un punto en común que tenían la mayor parte de las culturas en el Caribe insular anglófono: los esclavos, en la época de la colonia, al poder ir ascendiendo socialmente perdían sus costumbres africanas e iban adquiriendo las costumbres blancas. Esto, en el caso del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina es notable. Por ejemplo, que los esclavos trataran de asimilar la cultura anglosajona, desde su religión, expresiones y gestos, hasta tierras heredadas por estos, o cedidas a algunos de los esclavos, fueron prácticas que se llegaron a apuntalar dentro de la cultura del Archipiélago.

González, en su tesis doctoral (2015), nos habla sobre los sistemas de parentesco que existen dentro de la comunidad raizal y la manera como dentro de la misma sociedad existió un “blanqueamiento” derivado de la historia colonial:

vemos una sociedad de clases dominada por una minoría blanca o más clara que el resto de la población. Esta división entre los descendientes de esclavos y los de los colonos anglosajones también crea un tipo de diferenciación cultural en el sentido de que los rasgos culturales africanos se asocian con los descendientes de esclavos y una tradición inglesa con la población menos negra, incluso si estas costumbres e ideales europeos son asimilados y reivindicados por casi todos nativos / raizales. (González, 2015, p. 110)

El argumento es construido por González a partir de literatura académica clásica, basado en la etnografía de Wilson y otra etnografía realizada por Price (1954). Ambos etnógrafos basaron su trabajo de campo en la población más “pura” de los raizales, pues en aquellos tiempos el Archipiélago no se encontraba tan influido por la Colombia continental y no se presentaba una mezcla cultural y genética entre las dos partes, como en la actualidad. Al día de hoy se han realizado investigaciones que profundizan sobre la interacción intercultural que ha tenido la población raizal con las múltiples culturas que en la actualidad conforman la población del Archipiélago

Entonces, estos descendientes rápidamente se convirtieron en “nuevos actores sociales” en la relación entre los nativos / raizales y los inmigrantes. (...) son los mestizos que con las pañas y raizales han logrado convivir “a pesar de sus diferencias étnicas y religiosas”; Vida común que, sin embargo, se deteriora gradualmente por la crisis económica, social y medioambiental. (González, 2015. P. 110)

A partir del contacto con las personas originarias de la parte continental de Colombia, las dinámicas de discriminación y “racismo” cambian y se generan nuevas mezclas; la cultura raizal se entrelaza con la de los migrantes continentales. De esta manera, en el Archipiélago empieza uno de los pasos cruciales dentro del proceso de creolización, la “transculturación”. Este proceso se dio en un inicio por parte de colonos anglosajones (en su mayoría), colonos de otras partes de Europa y esclavos africanos, para ser continuado esta vez, con personas del continente. La creolización del Archipiélago no se detuvo en la época de la colonia europea: esta continuó con la llegada de los colombianos. Como bien lo mencionan autores como Glissant (2003) o Hall (2003), si bien la creolización es un proceso creativo y original en el que nuevos productos culturales son concebidos

siempre está también 'el lado malo': cuestiones de dominación y hegemonía cultural, de apropiación y expropiación, condiciones de subalternidad y obligación impuesta, la sensación de una ruptura brutal con el pasado, del 'mundo que se ha perdido', y un régimen fundado en el racismo y la violencia institucionalizada. (Hall, 2003, p. 16)

El proceso de creolización del Archipiélago abarca espacios históricos diversos que, al día de hoy, continúan. Las islas no solo tuvieron un choque cultural entre ingleses y africanos. En el presente se ha dado una mezcla con el continente después de tantos años de haber iniciado un proceso de asimilación por parte del estado, como bien lo muestra Taylor (2010),

Más bien, la historia de poblamiento reciente nos sugiere la manera en que se dio un fuerte proceso de interrelación socio cultural y étnico, que permitió la transformación de la sociedad local, y la conformación de un nuevo crisol étnico y cultural en las islas. (p. 65)

2.3 Procesos de racialización y discriminación racial en el presente

Es justo cuando el estado colombiano entra en juego que el racismo y la discriminación en el Archipiélago se convierten en algo distinto, pues se da por parte de una nación distinta, de una cultura distinta. Ya el problema no es completamente entre blancos y negros, si no que entran en juego nuevas categorías como, “continentales”, “pañas” e “isleños”. Como nos hace ver Natalia Guevara (2007) el proceso de continentalización conllevó prácticas violentas hacia la cultura creole-isleña:

Los mecanismos utilizados por los misioneros capuchinos para censurar la religión bautista son un ejemplo de ello: en las escuelas, éstos les enseñaron a los niños que la iglesia bautista “era del diablo” y que fuera del catolicismo no existía salvación; asimismo instituyeron como una obligación la asistencia a misa y la asimilación al ritual católico, llevando a cabo imposiciones intolerables para los protestantes, como obligarlos a utilizar la señal de la cruz o adornar las imágenes religiosas con flores. (Guevara, 2007, p. 302)

Este tipo de violencia simbólica dirigida hacia su religión y sus costumbres ha dejado en el isleño recuerdos negativos de cómo los colombianos llegaron a su territorio, lo que ha hecho que en la actualidad se produzca un “conflicto étnico entre pañas y raizales” (Valencia, 2015). En este escenario, los isleños más radicales han luchado por no perder su cultura, llegando a estigmatizar a ciertos grupos derivados de las migraciones continentales, por ejemplo, los migrantes de la Costa Atlántica colombiana, principalmente a los originarios de la ciudad de Cartagena. Pero como se verá en el Capítulo cuatro, dicho conflicto tiene un trasfondo que va más allá de lo étnico, es un conflicto que atraviesa la clase social, la etnicidad y la raza.

Como lo demuestra el apartado 2.2, las prácticas de colonización en el Caribe no significaron la destrucción de una cultura sino la creolización resultante de múltiples culturas. Por el contrario, el proceso de continentalización y presencia del estado colombiano, en tanto proceso colonizador, implicó y tuvo como propósito la absorción de la cultura nativa isleña. Como se verá en el próximo capítulo, en el contexto actual se produce una creolización de la violencia ya que, si bien la isla de San Andrés no se encontró inmersa en el conflicto armado colombiano, este sí le ha dejado repercusiones, por la influencia del tráfico de drogas y armas.

Para concluir, el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina se ha convertido en un lugar por el que han pasado diversas corrientes migratorias: desde las corrientes de los indígenas misquitos que utilizaban la isla como campamento de pesca hasta las diversas culturas europeas que se asentaron a partir del siglo XVII y que trajeron esclavos sacados de África. El choque cultural de estas etnias permitió que se generara un proceso de creolización en el Caribe que sacó a flote nuevas culturas. Dentro de este proceso también se puede distinguir una forma diferente de concebir la raza en comparación con el continente, puesto que en el continente se estableció un sistema de castas basado en el color de piel de las personas. En el Caribe, en cambio, prevaleció una dualidad entre blancos y negros gracias a la institución dominante: la plantación.

Si nos centramos en los problemas actuales, podemos ver cómo la historia de racismo y de mezcla se mantiene, pero con matices diferentes. El racismo y la discriminación del presente es diferente al de la época de la colonia y no se centra en la distinción entre blancos y negros. Con la llegada de los continentales el racismo está permeado por el origen geográfico: ahora la discriminación se da entre las personas de diferentes regiones del país que convergen en la isla. Deja de ser un conflicto racial, para pasar a ser un tema de conflicto cultural.

En el próximo capítulo, nos centraremos en describir la manera como la violencia generada por el narcotráfico contribuye a la división social en la isla.

3 Las violencias continentales de Colombia y la nueva violencia en el Archipiélago por el narcotráfico.

En este capítulo me voy a dedicar a contrastar la violencia presente en el contexto del Archipiélago, con la violencia del contexto colombiano, para describir la forma como los habitantes de la isla de San Andrés han percibido el cambio que ha traído la violencia a la vida social del territorio.

Durante siglos el Archipiélago se encontró separado de las dinámicas continentales, incluida la violencia, la cual a finales del siglo XX se empezó a incrustar en la isla de San Andrés. La historia violenta de Colombia, en especial el conflicto sociopolítico, el surgimiento de las guerrillas y las acciones paramilitares que la han asolado, han marcado el desarrollo de la nación. Pero en territorio insular tal conflicto no tuvo un impacto directo y profundo como en el continente: siempre el conflicto se vio ajeno y distante. A pesar de ese distanciamiento tanto geográfico como cultural, desde finales del siglo XX y durante lo corrido del siglo XXI ha traído repercusiones bastante impactantes sobre la vida social de la isla.

Primero, he de partir por definir lo que se entiende por “la violencia” en este estudio. Si bien la definición general de violencia suele asociarse a la intención de destruir, lastimar o perjudicar algo o a alguien (Sánchez, 2014), para este análisis me decanto por manifestaciones de violencia más sutiles, como lo aborda Nordstrom y Robben (1995), quienes han estudiado las formas en las que llega a impactar la violencia en distintos contextos alrededor del mundo.

In peeling back the layers of the many realities that impinge on this question of what violence is, we find that even the most horrific acts of aggression do not stand as isolated exemplars of a “thing” called violence but cast ripples that reconfigure lives in the most dramatic ways, affecting constructs of identity in the present, the hopes and potentialities of the future, and even the renditions of the past. (Nordstrom, Robben, 1995. p 5)

Así para este estudio la violencia ha de ser tomada no como el acto directo que busca destruir algo o a alguien, sino como aquella herida que se va esparciendo a través del tejido social. En este caso, la violencia iniciada en el continente, a raíz de un conflicto armado que ha durado más de sesenta años, se ha apuntalado en el contexto isleño lentamente, impulsada por el narcotráfico y la instalación de las bandas criminales.

Avella (2009) recalca que Colombia ha marginado socialmente al Archipiélago y a la Costa Atlántica en general. Además, resaltaba que, hasta la época de su escrito —finales de los 90 y principios del siglo XXI— el Archipiélago no se había visto tocado por el conflicto armado.

En este sentido ideas políticas como las de los raizales del archipiélago, lo que pueden estar mostrando, es una vía inexplorada para contribuir a la solución pacífica del conflicto interno en Colombia, pues en las islas la tolerancia a estas ideas divergentes ha sido la regla y nunca la excepción y hasta el momento no arroja víctimas, ya que no existe un solo caso de sangre por la disputa entre estas dos ideas opuestas en las islas. Mientras que cotidianamente los televidentes isleños miran las cadenas de televisión institucionales y los telenoticieros privados haciendo la apología del heroísmo en la lucha fratricida interna (...) pues los isleños no enviarían sus hijos a una guerra en la que no es claro para ellos, por qué muere tanta gente. (Avella, 2009, p. 65)

De esta manera el conflicto armado siempre fue ajeno al territorio y a las personas que conformaban el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Y, de hecho, como veremos en el siguiente subapartado, la isla de San Andrés se encontró abstraída de la mayor parte de los movimientos y efectos políticos del continente a principios del siglo XX.

3.1 Los inicios del conflicto armado en Colombia y la llegada de la violencia al Archipiélago

Es pertinente realizar una periodización del conflicto armado en Colombia para poder entender de qué manera este ha afectado a San Andrés y Providencia, puesto que el Archipiélago presenta una historia colonial distinta a la que atravesó el continente a lo largo del siglo XX. En el

presente apartado se mencionan algunos sucesos históricos relacionados con la violencia de la Colombia continental y los que ocurrían en el Archipiélago a lo largo del siglo XX.

Teniendo en cuenta las etapas identificadas por Darío Fajardo y Alfredo Molano sobre la violencia en Colombia, el inicio del conflicto armado se atribuye a épocas distintas. Fajardo (2015) se inclina por demarcar una primera etapa de la violencia en las décadas de 1920 y 1930, cuando se da un proceso de asimilación de las áreas rurales del país: el proceso de expansión de la frontera agrícola impulsado por los gobiernos liberales de la década de los 30. Durante este proceso se ofrecía a los habitantes del territorio colombiano la ocupación de tierras baldías en el oriente y suroriente del país. Pero estas tierras no fueron tituladas bajo el nombre de los colonos-campesinos, quienes eran los que iban a asentarse y colonizar las tierras baldías sino que, al final, se titularon bajo el nombre de grandes terratenientes mediante engaños u otro tipo de trampas de las que eran víctimas los campesinos.

Por otro lado, Molano (2015) atribuye los inicios de la violencia a la fecha del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y la represión que ejerció el estado colombiano bajo gobiernos conservadores sobre algunos sectores políticos, como por ejemplo la eliminación del Partido Comunista Colombiano. De igual manera, el informe final de la Comisión Histórica del Conflicto Armado y sus Víctimas (2018) hace un recuento histórico y concluye que el país ha estado en un desequilibrio político desde el siglo XIX, el cual ha devenido en guerras civiles sucesivas, y que desde principios del siglo XX quedó en una lucha constante entre los partidos liberales y conservadores que dividía al país.

En los primeros años del siglo XX la vida política del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina quedó a la deriva, en manos de una administración vaga y marginal por parte de Colombia. No fue sino hasta 1912, que se oficializó la entidad político-administrativa de San Andrés, Providencia y Santa Catalina como intendencia, en aras de representar el estado colombiano dentro del territorio isleño. Dicho gobierno local no fue muy bien recibido por el pueblo raizal ya que Colombia impulsó políticas, más que de integración al territorio nacional, de asimilación (Guevara, 2007, p. 301).

Así, mientras en las décadas de los 20 y los 30 Colombia se partía en dos a causa de la lucha de poderes liberales y conservadores en las zonas rurales y en las ciudades, en el Archipiélago comenzó un proceso de colonización por parte del estado colombiano. Dicha colonización es conocida en la literatura como el proceso de “colombianización”, que implicó la imposición a las personas isleñas de la religión católica y la lengua castellana (Guevara, 2007).

En el continente, el asesinato de Gaitán ocurrido en 1948 propulsó el nacimiento del periodo conocido en el país como “La Violencia”, el cual no llegó a afectar al Archipiélago. Esto fue consecuencia de la distancia geográfica y, además, de que la población isleña afrontaba otros movimientos internos, como el de la colombianización. Dentro de un contexto global comienza la guerra fría y el mundo, al igual que el país, queda dividido en dos. Además, empiezan a surgir los primeros grupos armados campesinos en las zonas rurales de Colombia, inspirados por ideas comunistas (Fajardo, 2015; Molano, 2015. CHCV, 2015). En el Archipiélago nunca surgió un grupo armado.

La década de los 50, inaugurada por la dictadura de Rojas Pinilla, se caracterizó por la puja en contra del comunismo; su gobierno populista se enfocó en la creación de políticas que tuvieran aceptación por parte de la población y también en la exacerbación del sentimiento nacionalista. También es de resaltar que en esta década se realizó el pacto entre los partidos liberal y conservador llamado el Frente Nacional, que consistió en repartirse el gobierno mediante alternancias conservadoras y liberales.

En 1953 el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla declaró a la isla de San Andrés como Puerto Libre, lo que implicó una reducción en los impuestos de las mercancías que circularan en la isla, y el fácil acceso a productos de otros países. La apertura se dio con el fin de buscar una mejora económica para la isla y ampliar las relaciones con el continente, ya que años atrás la exportación de coco dejó de ser viable (Meisel, 2003, pp 8-9).

La nueva bonanza económica que provocó la apertura del Puerto Libre atrajo migrantes desde la parte continental de Colombia. Primero, llegaron comerciantes de la región andina en busca de negocios viables gracias a los bajos precios de los productos que se comerciaban; en

segundo lugar, llegaron otro tipo de migrantes a hacer las labores menos publicitadas, como los trabajos de construcción o los relacionados con el turismo, especialmente en los hoteles. El turismo creció en la isla durante esta época a causa de que personas de la Colombia continental y extranjeros llegaron a invertir en la isla, en el comercio y en el turismo, gracias a los bajos costos que suponía hacer negocios en el territorio por sus bajos impuestos de importación de mercancías (Torres, 2011).

El turismo creciente después de la apertura del Puerto Libre trajo beneficios para la población continental, en especial para los negociantes de origen árabe (algunos llegados primero al continente, y otros desde Siria y Líbano directamente) y para los continentales oriundos de la región andina. Algunos sectores de los isleños nativos no se llegaron a adaptar del todo a las nuevas prácticas económicas, como por ejemplo los pescadores o agricultores, ya que la mercancía que era importada, entre ellas los alimentos, era más barata. Esto significó el crecimiento de la industria turística, quedando así los agricultores y pescadores marginados del principal sector de generación de ingresos de la isla, mientras que las familias más acaudaladas y de negociantes isleños sí se lograron vincular a las nuevas economías (Salas, 2015; Meisel, 2003), bien fuera como dueños de hoteles, discotecas, restaurantes y almacenes. Por otro lado, hubo un sector de la comunidad raizal que, al ver el cambio por el que atravesaba la isla, decidieron migrar: algunos hacia otras islas del Caribe como Gran Caimán y otros hacia los Estados Unidos.

Así, mientras en Colombia, se marinaba un conflicto armado que llegaría a su punto más álgido en los años 1960 con la consolidación de las guerrillas, en el Archipiélago continuaba el poblamiento por parte de los continentales y era escenario de la bonanza económica nacida de las políticas del Puerto Libre, que beneficiaron principalmente a los comerciantes llegados desde el continente.

La consolidación de las primeras guerrillas de corte comunista inspiradas por la llegada de Fidel Castro al poder en 1959 en La Habana empezó a inspirar los aires de insurrección en el territorio colombiano. Así, en la década de los 60 surgieron algunas de las guerrillas que determinaron el conflicto armado en el país: el ELN, las FARC, entre otras. Mientras tanto en El Archipiélago, en especial en la isla de San Andrés, el poblamiento por parte de personas del

continente continuaba. Barrios populares como Natania y El Cocal se fueron formando a partir de iniciativas de políticos continentales que se encontraban en la isla y que se vinculaban directamente con la industria turística.

Así, durante la década de 1970 San Andrés se consagró como un paraíso, ya que para los continentales recién llegados y que, en parte, huían de las dificultades que suponía la vida en territorio continental como víctimas de una guerra, la isla se presentaba como un lugar alejado de las dificultades del continente. Por ejemplo, la isla, al ser tan pequeña, facilitaba la movilidad de las personas de una forma cómoda.

En Colombia continental el conflicto armado seguía consolidándose, dando paso a una problemática que aún hoy en día trae repercusiones sobre la sociedad colombiana, en especial en la configuración de la violencia en el país: la expansión de los cultivos de uso ilícito y la producción de cocaína en varios municipios del país. La mayor parte de los cultivos se encontraban en tierras baldías y “sin colonizar” que en realidad estaban pobladas por campesinos, a los que un buen día se les aparecieron los “paisas” quienes les propusieron un negocio: cultivar matas de coca, para vender las hojas que produjeran (La ley del monte, 1988; Hernández y Olivera, 2017).

Es a finales de los años 70 y durante todo el decenio de los 80 cuando el narcotráfico nacido en el territorio colombiano se empieza a relacionar con el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina: su territorio marítimo se usa como rutas de tráfico de drogas desde la Colombia continental hacia Centro y Norteamérica. En el siguiente subapartado se profundizan algunas de las manifestaciones puntuales de la violencia armada del continente, que se han reflejado a través del narcotráfico.

3.2 El narcotráfico y la inseguridad

El final de la década de 1970 supone un antes y un después en la historia de Colombia, ya que el fenómeno del narcotráfico empieza a tomar fuerza y, guerrillas como las FARC, entran en este juego. Por otro lado, se empiezan a formar grandes carteles de narcotráfico en el país, los

cuales llegan a tener un poder tan grande que se convierten en organizaciones internacionales. Así, San Andrés empieza su transformación en un eslabón más en la cadena del tráfico de drogas: “en los 70 pues, comenzó el negocio de la marihuana, pero eso más que todo afectó a la Costa Norte de Colombia, y digamos eso afectó muy poco a San Andrés. ¡¡Cuando empezó el negocio de la coca ahí sí jum!!, eso fue en los 80, en los 80 sí...” (Entrevista a Frazier Muchnik, 6 de julio del 2019).

La cocaína se convierte entonces en el motor económico de las organizaciones armadas del país. Un ejemplo es la creación del impuesto a la coca por parte de las FARC en 1988 hacia los cultivadores de la hoja y los productores de pasta (Molano, 2015; CHCV, 2015). Y es durante esta época que el narcotráfico empieza a correr por las aguas insulares del Archipiélago

Aquí en la isla, yo creo que en los 80 hubo ese boom porque San Andrés se volvió como un sitio de paso para las... para algunas embarcaciones y aviones porque había cierta permisividad, digámoslo así, permisividad y acompañamiento de las propias autoridades con el narcotráfico porque aquí aterrizaban aviones en horas de la madrugada y descargaban, y eso, ¿Que ninguna autoridad lo vio? ¡Imposible! Eso es como decir... aquí puede entrar drogas por todo lado o por el muelle o por el aeropuerto, y siempre en ambos hay autoridades; no estoy diciendo que policía, armada, que infantería, lo que sea, estoy refiriéndome a autoridad como tal a quien debe de controlarlo... no específicamente alguna. Pero, más o menos de esa época, nosotros tuvimos un contrato yo me recuerdo en el 91 que fue hacer el reforzamiento estructural del aeropuerto, aumentarle un piso, hacer la cubierta que actualmente tiene, no hicimos acabados porque el contrato no llegó para allá, pero en esa época yo me recuerdo, principios de los 90 aquí llegaban cualquier cantidad de avioncitos vinculados con narcotráfico, pero en esa época se empezó a mezclar esos dineros y empezó a involucrarse gente de aquí. (Entrevista a Miguel Finkestein, 18 de enero del 2020)

El final de la década de los 80 es coyuntural para la vida en el Archipiélago, ya que es cuando empiezan los primeros contactos de los habitantes de la zona con el tráfico de drogas. En el pasado, el tráfico de todo tipo de mercancías era común por el Caribe, en especial la movilización

de marihuana por la bonanza marimbera en la Costa Atlántica colombiana en los años 60, pero con la llegada del tráfico de cocaína este se volvió central como generador de ganancias en la isla de San Andrés. En un inicio, la cocaína no pasaba por “tierra firme” del Archipiélago, sino que desde el continente llegaba al espacio marítimo de las islas y se hacía un intercambio en pleno mar, para que después los traficantes llevaran los cargamentos hacia Centroamérica.

En el país, el inicio de la década de los 90 está marcado por la colaboración de los Estados Unidos a Colombia con recursos para la implementación del Plan Colombia, con el cual el país norteamericano prestó servicios y materiales de carácter militar dirigidos a luchar contra la insurgencia y el narcotráfico (Ramírez, 2019; Fajardo, 2015).

En el continente, los intereses de las élites económicas y políticas de la época se mezclaron con los dineros generados por el narcotráfico. Además, los primeros grupos paramilitares (en aquellos entonces llamados autodefensas) surgidos en la década de los 80 tomaron más fuerza y, con el correr de la década de los 90, se “legitimaron” como actores políticos bajo los gobiernos de Cesar Gaviria y Álvaro Uribe (CNMH, 2018). Inicialmente estos grupos surgieron para “proteger al pueblo del control guerrillero en algunas zonas del país”, pero al final terminaron vinculados con la política estatal y el narcotráfico de dichas zonas (Patiño, 2003; Rivera, 2007).

No está de más aclarar que, a principios de los 90, el gobierno de Cesar Gaviria inició el “desmonte del modelo económico proteccionista con altos niveles de arancel que encarecían los artículos importados para, supuestamente, fomentar la industria nacional” (Meisel, 2003, p. 37), lo cual provocó que el comercio y el turismo en el Archipiélago dieran un giro de 180 grados, dando inicio a una crisis económica y social. Los turistas de “alto nivel” provenientes de Colombia y de países extranjeros dejaron de ir a las islas ya que hacer compras en el continente empezó a ser más rentable (Meisel, 2003; Salas, 2015); de hecho, el turismo cambió de tal manera que

Los turistas de ahora son “chancleteros”, se vienen de a cuatro o de a cinco, hacen un mercadito, se quedan dos o tres días, no compran nada, y tratan de gastar lo menos posible. Hoy en día la competencia del turismo es muy ajustada: antes un buceo costaba 100.000 y

hoy en día por 100.000 te enciman paseo en lancha, visitas a los cayos y las mantarrayas. (Tomado del diario de campo, 14 de enero de 2020)

Y es durante el correr de la década del 90 cuando, en San Andrés, se emparejó la violencia con el negocio de las drogas:

Esto empezó muy fuerte, muy fuerte, más o menos, después del año 95 podríamos decir 95-2000, donde ya se señoreó. Ya vinieron las bandas, las BACRIM, como los Urabeños, los Rastrojos todo eso. Y ellos vinieron a tomar posesión del narcotráfico en San Andrés, a ser los que mandaban. Mucha de la gente que estaba aquí no se dejó, y entonces empezaron los ajustes de cuentas entre unas bandas y otras, ya mataban los unos y ya mataban los otros; en el medio quedó una población que no tenía absolutamente nada que ver con esa historia pero que de todas maneras se vio muy afectada (...) el turismo bajó, porque de todas maneras las noticias eran de muertos, ehh, la inseguridad, la gente dejó de salir por las noches, la gente se sentía asustada; se encerraba en sus casas; el miedo, el miedo es grande. Pero afortunadamente me parece que se ha superado un poco en los últimos tres o cuatro años. (Entrevista a Diego Guerra, 17 de enero del 2020)

En el 2004 se consolidó el Plan Patriota, cuyo principal objetivo fue erradicar a las FARC de los departamentos del Putumayo, Guaviare, y Caquetá, resultando exitoso. Así, para el 2007 los militares colombianos tenían presencia en cada uno de los municipios del país, y seguido a esto se creó el plan de “Seguridad Democrática” durante el segundo mandato de Uribe (2006-2010), cuyo principal objetivo fue garantizar la integración de municipios que estuvieron bajo control guerrillero a la sociedad civil (Ramírez, 2019; CHCV, 2015). Justamente, es durante este intervalo de tiempo cuando más se intensifica el tráfico de drogas en el Archipiélago y, posterior a la desmovilización de los paramilitares en el 2004 durante el gobierno de Álvaro Uribe, se acentúa la presencia de actores armados en la isla, como me lo decía un interlocutor de la isla:

N: y bueno, ¿se sabe algo? Usted dijo pues que habían sido BACRIM las que llegaron aquí: los Urabeños, los Rastrojos, todo esos... pero aquí ellos llegaron directamente y contrataron gente, digamos, ¿sus dirigentes pueden estar acá?

DG: al contrario; fue mucha gente de aquí la que los trajo (...) entonces algunas personas que estaban en el narcotráfico trajeron a una de las bandas, y los otros para defenderse de estos trajeron a los otros. Ellos llegaron como invitados y se posesionaron de la casa, entonces sacaron a unos y otros, y ellos se enseñorearon de todo. Y esto aquí es, esto es la panacea, esto es una isla de tráfico, de tráfico a México; hacia el golfo de México, hacia Miami, hacia Centroamérica, el camino es San Andrés. Vinieron y se quedaron. (Entrevista a Diego Guerra, 17 de enero del 2020)

El hecho de que la violencia se incrementara en la isla cuando los grupos paramilitares empezaron a hacer presencia, se relaciona al control de estos actores sobre las rutas de droga en el norte del país. A mi parecer y con ayuda de los estudios de Torres (2011), Mantilla (2011) y Avella, (2009), la isla se configura como un espacio clave para el transporte de drogas fuera del país, especialmente hacia Centroamérica. No obstante, la isla en sí no presentó la misma dinámica del conflicto armado continental, sino que se ha consolidado como un lugar por el que históricamente el tráfico de bienes ha sido común. Pero en los últimos 20 años se ha llegado a esparcir uno de los males originarios del conflicto armado en Colombia: la violencia explícita, gracias a la formación de bandas criminales en el territorio y de la exclusión histórica tanto social como económica que ha sufrido la población nativa del Archipiélago.

3.3 Las remembranzas del pasado y como la violencia ha cambiado todo

On my childhood days everything was ok, we used to grow crop, nobody would starve, and things like that. You could sleep with your window open (..) nobody molest. Each neighbor helped each other, you found more communication, and more love among the people. But the problem now is, after they start bringing drugs, they use the island as a way to traffic, things changed. Things changed a lot, people begin to kill among a next one, and to disappear a next one. (Entrevista a Cleo Watson, 18 de febrero del 2020)

En este subapartado me voy a centrar en contar la historia de cómo los habitantes de la isla rememoran el pasado de esta como un lugar pacífico y casi paradisiaco, un lugar sin violencia. También hago un análisis de cómo se vincula la lenta asimilación que tuvo esta isla pacífica hacia lo que es hoy en día: una isla que se alineó con la dinámica violenta del territorio continental de Colombia. El problema de la violencia es considerado por la población “isleña” como un mal traído por los continentales.

En el contexto se habla de una sobrepoblación que va ligada con los altos índices de violencia, ya que, como se ve en el apartado 3.1 *Los inicios del conflicto armado en Colombia y la llegada de la violencia al Archipiélago*, la isla ha sido destino de fuertes corrientes migratorias del continente. Algunos sectores radicales de la comunidad isleña culpan a la migración descontrolada y a los migrantes como responsables de lo que en el contexto es percibido como “sobrepoblación”. En realidad, dicho problema guarda una relación cercana con espacios urbanizados, no sobrepoblados.

Uno de mis interlocutores es Frazier Muchnik, un estadounidense veterano de la guerra de Vietnam, quien llegó a vivir a la isla a principios del decenio de 1970, y cuyo negocio durante muchos años fue la pesca artesanal. Él me contó cómo era la isla cuando recién llegó:

FM: en el año 70 que yo llegué, era un sitio tranquilo, no había ningún tipo de violencia. Es decir, es más: yo me acuerdo que pasaron varios años hasta que hubo el primer asesinato, y eso fue, me acuerdo que fue una turista en la playa de los lancheros que mataron, que la violaron y la mataron. Pero eso fue varios años después de yo haber llegado, 4, 5 años o más, y pasaron varios años antes de que hubiera otro asesinato y así, eran cosas rarísimas. Es decir, era excepcional cualquier tipo de delito. (Entrevista a Frazier Muchnik, 6 de julio del 2019)

El señor Frazier fue dueño de alrededor de cuatro botes pesqueros que le brindaron un buen ingreso por alrededor de quince años, pero a finales de los años 1980 tuvo que parar el negocio:

Era muy bueno, yo amaba pescar, para mí era mejor que el sexo (risas). Pero llegó un punto en el que ya básicamente era imposible; fue más de una vez que mandaba los botes a pescar, y los pescadores iban y pescaban, pero también se llevaban su cargamento de coca, y pues finalmente tuve que cerrar el negocio, no quise correr riesgos. Después de eso me dediqué a la reparación de radios, gracias a uno de los cursos que me brindó el ejército estadounidense cuando fui a Vietnam. (Entrevista a Frazier Muchnik, 6 de julio del 2019)

En el año de 1985, en el punto más álgido del tráfico de drogas por la zona, uno de los pescadores que trabajaba con Frazier, se llegó a perder en el mar. La esposa de Frazier, María Gutiérrez —una señora de unos 60 años, de piel morena y cabellos ondulados, que a pesar de su edad no tiene sino un par de canas— es la hermana del pescador que se perdió, Wilmer. María me contaba durante mi estadía en la isla que un día Wilmer “salió a pescar” normalmente junto a uno de sus compañeros y no volvió. Fue años después que la familia supo que Wilmer estaba traficando drogas y, con la información proporcionada por un “traqueto” famoso en la isla, que se había encontrado la lancha en la que había salido Wilmer junto a su compañero, en las costas nicaragüenses. Al final el cuerpo de Wilmer nunca fue encontrado.

Entre los años 80 y los primeros años de los 90, la isla gozó de una bonanza económica gracias al dinero que llegaron a movilizar los carteles de Medellín y de Cali, por lo que muchos de los “grandes capos” hicieron presencia en la isla. Como lo relata una pobladora, el dinero del narcotráfico permeó toda la economía de la isla:

MM: Creo que el daño más grande lo hizo la presencia de narcotraficantes. El narcotraficante promedio es el que hace una “vuelta”. Por ejemplo, a mi juicio, ¿quiénes compraron las tierras? Que es el daño más grande hecho a la comunidad desde el punto de vista ambiental. ¡Mira! El hotel Mar Azul es un hotel confiscado, el Sunrise es un hotel confiscado, el Acuario es un hotel confiscado. Casas que están prácticamente desocupadas porque fueron confiscadas. La DNE [Dirección Nacional de Estupefacientes] eso tiene propiedades lo que tú quieras ¿Qué quiere decir? Que no es del tipo que hacía “vueltas”. Es de la persona que invertía y compraba tierras, y eso, la compra de tierras en San Andrés es

una característica muy complicada en un territorio tan chiquito. (Entrevista a Martina Monsalve, 22 de diciembre del 2020)

Con este testimonio podemos ver la libertad que tenían los narcotraficantes en la isla para utilizar su dinero: los hoteles que se mencionan en la cita se encuentran en funcionamiento hoy en día y fueron “expropiados” a los narcos; en el territorio también quedaron edificaciones sin finalizar, “en obra negra”. Al día de hoy, siguen en ese mismo estado y el gobierno de la isla no ha hecho nada para finalizar las construcciones y ponerlas en funcionamiento. Todo aquello ocurrió durante la década de los 90, cuando todavía no se vivía la violencia en la misma magnitud que hoy y el narcotráfico en vez de llevar “desgracia” llevó “riqueza y opulencia” a la isla.

Como bien lo he mencionado antes, aquel narcotráfico “pacífico y de bonanza” que consistía en el transporte de la mercancía mutó hacia el año 2003. Esta transformación coincide con el momento en el que las Autodefensas Unidas de Colombia AUC, empezaron un proceso de desmovilización, en el marco de acuerdos con el gobierno.

Cabe aclarar que el narcotráfico fue una actividad bastante común en el Archipiélago desde la década de los 80 cuando ocurre el inicio del tráfico masivo de cocaína. En el pasado esta actividad siempre se encontró normalizada, ya que el tráfico de todo tipo de mercancías siempre había sido común por el Caribe (Zambrano, 2007; Gómez, 2019), así la actividad era fácilmente aceptada dentro de la sociedad insular.

De esta manera, no había mayor sanción social por parte de la comunidad de la isla respecto al tráfico, gracias a que no provocaba violencia y no había un control territorial ejercido por agentes externos —como era el caso de bandas criminales del continente tipo los “Rastrojos” y los “Paisas” (Mantilla, 2011). Es decir, la dinámica del narcotráfico no tenía una influencia muy grande sobre la vida social de la isla, en especial la imposición de la violencia, la cual sí estaba presente en el narcotráfico en el continente.

Lo anterior se relaciona con lo que Wilson (2004) notaba en su etnografía: las personas de Providencia se consideraban como una sola familia, a pesar de las diferencias de clase o raza, y la

convivencia entre los isleños no era violenta. La mayor parte de los conflictos que había se debían a las herencias de terrenos, ya que para los isleños la propiedad de la tierra resulta tener mucha importancia, pero que se solucionaban con facilidad. Si tenemos en cuenta que gran parte de las islas caribeñas han sido lugares “aislados” que llegan a desarrollar microclimas culturales (Taylor, 2010, p. 36), en el caso de la población del Archipiélago podemos ver como una población nativa que se encontró aislada por bastante tiempo ha sufrido un choque con personas de origen distinto.

Esto me ha llevado a pensar como en la isla de San Andrés ha crecido su población, lo que ha provocado que personas ajenas a la comunidad raizal y que cuentan con otros valores han llegado a la isla y se han vinculado al narcotráfico. Esto ha hecho que el narcotráfico se articule primero a la cultura de las personas de origen continental, generando violencia que antes solo era vista en el continente, pero con el paso del tiempo, los isleños se han mezclado con los migrantes adquiriendo algunas de estas costumbres relacionadas con la violencia y el narcotráfico.

Es así como, con la entrada del nuevo milenio, el aumento de la población foránea causó el crecimiento de los índices de violencia en el territorio: en 1999 un 52% de las muertes se relacionaban con accidentes de tránsito, mientras que para el año 2011 la mayoría de las muertes fueron causadas por homicidios, con un 59% (Sánchez-Jabba, 2013, p. 10). Esta situación fue acrecentando el temor dentro de la población insular y su repudio hacia el narcotráfico y las drogas, aunque hoy en día la actividad sea una fuente de ingresos rápida y alterna al turismo.

La entrada masiva de personas a la isla ha supuesto un cambio grande, como bien vimos. La violencia y las muertes han aumentado, ocasionando que la población autóctona empiece a experimentar sensaciones que antes no tenía, como por ejemplo el temor por su vida.

Ya la isla dejó de ser un territorio pacífico y tranquilo, solo puede ser experimentado de esa forma en la memoria de sus habitantes más antiguos. En el siguiente capítulo nuestro como los procesos de urbanización a partir de las migraciones de mediados del siglo XX han contribuido al incremento de la violencia desde una perspectiva etnográfica, y también cómo ha sido la isla para las personas que migraron desde el continente. También profundizo sobre la relación que guarda la violencia generada por el narcotráfico y la juventud de la isla.

4 El proceso de urbanización de la isla y su relación con la violencia

Este capítulo responde a la pregunta de ¿cómo se ha llegado a difundir la violencia originaria del continente en la isla de San Andrés? Como vimos en el capítulo anterior, para los habitantes hay una sensación de añoranza de los tiempos en los que San Andrés era un lugar pacífico, distanciado de los problemas que asolaban el continente. En la actualidad, aunque los habitantes reconocen la isla como un espacio cultural distinto al de la Colombia continental, son conscientes de que ya no se encuentra distanciado de la influencia de la violencia generada por el conflicto armado. Así, en este capítulo propongo dos temas a desarrollar: el proceso de poblamiento desorganizado con población continental y el análisis de la creolización de la violencia generada por este proceso.

Para los habitantes de la isla el proceso de poblamiento y urbanización del territorio ha sido irregular, y ha surgido con los continuos flujos migratorios del continente. Dicho proceso ha traído nuevas prácticas económicas, como por ejemplo el narcotráfico, que también ha acarreado violencia y una sensación de inseguridad constante dentro de los habitantes. En este capítulo se exploran dos barrios en los que se puede notar este proceso: Natania y El Cocal. La importancia que tiene hablar de este proceso en la isla se relaciona con la alta densidad poblacional que posee en la actualidad, y la forma como, en sí, la isla no tuvo planeación urbana y territorial sino hasta principios del siglo XXI (Ramos y Pardo, 2018).

Natania ejemplifica cómo ha sido la formación de algunos barrios de personas provenientes del continente en la isla a partir de la década de los 70. El Cocal evidencia las formas de violencia vinculadas al proceso de poblamiento desorganizado, como la discriminación racial-cultural hacia personas originarias de Cartagena y la violencia relacionada con el narcotráfico y la manera como sus habitantes lo viven en su cotidianidad.

Por otro lado, hago un análisis de cómo se produce la creolización de la violencia en la isla de San Andrés, ya que al ser un territorio caribeño es necesario utilizar la teoría del caribe para

comprender la visión de los isleños. Con *creolización de la violencia* me refiero a las formas en las que distintas prácticas culturales relacionadas con la violencia producida por el narcotráfico que han nacido por fuera de la isla de San Andrés —como por ejemplo la Colombia continental o México— se articulan en la isla para, de esta forma, influir en su cultura cambiándola a través de la violencia.

En el territorio se articulan prácticas sociales y culturales de diversas regiones del país y de otros países como México, en las que la violencia y el narcotráfico van ligadas y, en el contexto, producen una violencia particular. Entre estas prácticas tenemos algunas como la constante lucha de bandas por el control de rutas de tráfico de drogas, lo que crea “fronteras invisibles” entre algunos barrios de la isla, y la incursión de la narcocultura entre la juventud del territorio que ha posicionado el dinero generado por el narcotráfico como un indicador de estatus.

4.1 Natania: el proceso de urbanización de la isla

Entré por la cuarta etapa, cuya calle es una pequeña subida plagada de casas de máximo tres pisos, todas construidas en cemento y con formas de paralelepípedos disímiles. Entre las casas del lado derecho de la calle hay pequeños callejones que dan entrada a otras hileras de casas que se encuentran detrás de las casas que están sobre el andén de la calle; también de tres pisos, y por lo general pintadas con colores pastel; hay casas color limón, color melón, color lima y color salmón entre otros. Las casas no son excesivamente grandes, pero por dentro son espaciosas, fácilmente entran 5 personas por casa. En cuanto al olor del lugar se puede decir que no es muy agradable, esta es una problemática común en los barrios de San Andrés ya que toda la isla cuenta con problemas de alcantarillado. Pasada la cuarta etapa llegué a la entrada de la tercera, en esta no entré ya que no se encontraba en mi camino, así que seguí hacia la segunda. El punto central de la segunda etapa se puede decir que es el parque del barrio; es un parque de niños común, con sus columpios, pasamanos y rodaderos, etc.... Lo curioso es que lo que menos se ve en el parque son niños... se ven jóvenes y adultos sentados. De igual manera, la segunda etapa parte del parque con una bifurcación de calles; la calle del lado derecho del parque no es muy grande, al igual que en la cuarta etapa, está

llena de casas de no más de tres pisos, aunque en esta etapa las casas son más grandes (fueron de las primeras en ser construidas), hay callejones rectos que se desprenden a la derecha de esta calle y dan pie a más casas. La calle del lado izquierdo de la bifurcación es recta y tiene casas de ambos lados, del lado izquierdo sale una calle que se dirige a la iglesia “Sagrado Corazón” y de igual manera tiene casas a ambos lados. Es en esa calle donde se encuentra la casa de mi portero. Cabe decir que las casas construidas en las etapas más antiguas 1 y 2, son casas más grandes que las de las etapas más recientes 3, 4 y 5. (Diario de campo 24 de enero de 2020)

Al final de la década de 1960 se masificó la migración de continentales hacia la isla de San Andrés, como bien lo describí en el apartado 3.1 *Los inicios del conflicto armado en Colombia y la llegada de la violencia al Archipiélago*, a causa de la bonanza económica que disfrutaba la isla gracias a la apertura del Puerto Libre y del naciente turismo. Migraron tanto continentales negociantes —de las clases altas andinas— como continentales trabajadores —de las clases bajas de todo el país, pero en mayoría, de la Costa Atlántica— (Meisel, 2003).

Si los negociantes tenían plata y ningún problema para establecer vivienda ¿dónde habrían de vivir las clases bajas trabajadoras? Pues en los nuevos barrios que se empezaron a construir a principios de la década del 70. Es desde este punto donde la isla ha pasado por un proceso de urbanización gracias a la alta densidad poblacional a la que se suele llamar sobrepoblación, aunque según mis observaciones si hay una alta densidad poblacional el problema no es exactamente este, sino, la deficiente planeación y distribución de los espacios en la isla.

Mientras me encontraba en el territorio y conversaba con la gente de mayor edad me decían que para ellos era muy raro ver cómo había cambiado la isla: “there are many tall building now” (Entrevista a Cleo Watson, 18 de febrero del 2020), y también cómo en la isla, hoy en día, es común ver “gente que no se conoce”. Esto tiene que ver con el crecimiento poblacional que se dio a partir de las migraciones continentales, las cuales aumentaron desde los años 60. En 1964 la población de la isla era de 14.414 personas y para el 2005 creció a 55.426 (DANE, 2005).

Como podemos ver la población se triplicó en 40 años. Y una isla que en su mayor parte constaba de un paisaje rural y dedicado a la agricultura, tuvo un cambio abrupto en su vida socioeconómica a partir de 1953 con la apertura del Puerto Libre y el impulso de la industria

turística (James y Soler, 2018). Lo que ha provocado que la afluencia de personas aumente cada vez más y se dé una sensación de sobrepoblación a aquellas personas que no estaban acostumbradas a la presencia de tanta gente en un espacio tan reducido como una isla de 27 km².

María Gutiérrez, quien es oriunda del Valle del Cauca y conserva algunos modismos de su tierra, me relató cómo fueron las dinámicas de construcción del barrio Natania cuando migró a la isla a finales de los años 60:

M: No, yo no llegué a vivir en el Natania. Conseguí mi casa, conseguí una casa allá en el Natania, gracias a que mi mamá habló con el señor Benjamín Finkenstein y entonces yo iba todos los domingos a trabajar allá, hacíamos nuestras casas con nuestro esfuerzo, con nuestras manos, en una... como en una acción comunal donde todos trabajaban para todos.

NHB: ¿Y allá en esa acción comunal, eso era solo de gente de afuera, de Colombia o habían de todo, isleños también?

M: No, la mayoría era gente —todos pañas— de diferentes partes de Colombia. Y gente pues... de bajos recursos, así que la segunda etapa la formamos nosotros. Estando en la segunda etapa hicimos también la carretera que va paralela a la pista [del aeropuerto]; el gobierno nos ayudó con algunos materiales, pero todo lo demás lo conseguía el señor Benjamín Finkenstein con sus contactos de la política y la mano de obra la poníamos nosotros, o sea, las mujeres cargábamos agua, cargábamos piedra, hacíamos mezcla, hacíamos bloque, y entonces esa carretera la hicimos nosotros. (Entrevista con María Gutiérrez, 15 de enero del 2020)

Antes de la construcción de los barrios, los terrenos pertenecían a familias isleñas y los espacios se solían utilizar para cultivos o no tenían uso alguno; eran tierras cuyos dueños eran isleños que, en mayor parte, se dedicaron a venderlas a gente del continente. En el caso de El Cocal se cultivaban palmas productoras de coco, pero en los años que empezaron a llegar migrantes era poco el comercio de este producto ya que empezó a decaer en los años 30 y 40 debido a las constantes plagas que acabaron con los cultivos (James, 2015).

Así, los barrios propios de continentales como Los Corales, El Cocal y Natania fueron surgiendo a partir de iniciativas tanto de los migrantes de las clases bajas como de políticos de las clases altas en Colombia. Un ejemplo son María Gutiérrez y de quien voy a hablar a continuación: Benjamin Finkenstein. Benjamín, como bien se menciona en el relato de María, fue uno de los políticos que “auspició” la construcción de este tipo de barrios a cambio de mano de obra de quienes serían sus habitantes; les otorgaba terrenos, materiales y, de cierta manera, favores políticos para que establecieran sus viviendas.

La forma en la que se adquirían las tierras era a través de dineros que otorgaba el gobierno al político Benjamín Finkenstein. Con ese dinero se compraban las tierras a propietarios isleños que estuvieran dispuestos a venderlas. Las tierras se titulaban bajo una junta de acción comunal a nombre de cada barrio, y luego se le asignaba un pedazo de tierra a la persona del continente que estuviera dispuesta a construir su casa con sus propias manos.

Mientras me encontraba en la isla, pude entrevistar al hijo de Benjamín Finkenstein, Miguel, quien fue partícipe en la construcción de dichos barrios y me contó la historia de su padre. La familia Finkenstein hizo parte del éxodo judío que salió de Europa en los años 30:

Mi abuelo llegó a Colombia en los años 30 pienso yo, ehh, cuando hubo una oleada de Europa hacia acá en la que llegó la comunidad libanesa, la comunidad judía y mucha gente que por diferentes circunstancias habían tenido problemas y entraron por la ciudad de Manizales (se interrumpe la grabación por llamada telefónica). Y mi abuelo era arquitecto; en esa época arquitecto-ingeniero era una sola carrera, y por ellos —por darte apellidos— entró la familia Gillinski, los ex propietarios del Banco de Colombia, ehh, la familia Pinski, de una de las constructoras más grandes que tuvo el país, y la comunidad Al-Jure (Entrevista a Miguel Finkenstein, 18 de enero del 2020)

Por otro lado, el padre de Miguel, Benjamín, fue el primer miembro de la familia que se estableció en San Andrés en el año 1958. La familia se dedicó principalmente al comercio, aprovechando los beneficios que traía el Puerto Libre al Archipiélago

Mi papá estuvo aquí en San Andrés. Después mi papá se casó con quien también considero mi mamá que fue exintendenta aquí y que lo acompañó hasta el día en que él murió y todo.

Se dedicaron al comercio, inicialmente, y más o menos en el año 70-72 empezaron la construcción del hotel conocido como Hotel Natania. Ya en esa época mi papá se dedicó con las políticas del gobierno central... De, digamos del centralismo, se metió en las peleas que tenían digamos todos los comerciantes porque para poder importar tenían que tener permiso del INCOMEX y ahí empezó, se encarretó en la política y empezó a formar lo que llamamos los barrios Natania que eran unos barrios que eran hechos con autoconstrucción con juntas de acción comunal y así empezaron los barrios (Entrevista a Miguel Finkenstein, 18 de enero del 2020)

Las acciones de Benjamín son cuestionadas por parte de la población raizal radical la cual considera que posiblemente traía gente del continente para votar. Varios de los residentes de Natania con quienes pude hablar sostienen, en cambio, que no fue así; al respecto, el hijo de Benjamín dice lo siguiente:

Ahí en esos barrios había de todo tipo de gente; isleños y continentales que vivían aquí. Nunca el derecho a tener una casa ahí se le dio a una persona recién llegada, era gente que ya tenía, que ya estaba establecida completamente aquí en San Andrés, no era para gente llegada. Y los barrios se hacían por junta de acción comunal, y el funcionamiento era muy sencillo: ehh, si había un lote que tenía digamos 10.000 metros cuadrados que es una manzana y ese lote costaba en esa época diez millones de pesos, y si de ese lote se podían hacer 100 casas por decir algo, pues se dividía el valor del lote en las casas, en el número de casas y es el precio que cada persona pagaba por su lote y mi papá les daba diez años, quince años pa' pagar predios que en esa época era una chichigua digámoslo así... (Entrevista a Miguel Finkenstein, 18 de enero del 2020)

La construcción de estos espacios es considerada por la población que los habita como un acto de colaboración entre políticos y personas del común que habían llegado a la isla desde el continente para mejorar sus condiciones de vida. Durante mi trabajo de campo en el barrio Natania¹, pude conocer a una pareja de ancianos que fueron de los primeros habitantes del barrio: Gonzalo Rodríguez y Cecilia Piñeros, un par de ancianos oriundos de la sabana cundiboyacense,

¹ Natania es un nombre judío: el nombre de la tierra prometida.

quienes llevan viviendo en la misma casa en Natania más de cuarenta años. La casa es de un solo piso y ya se ve deteriorada; el ambiente en el interior se puede decir que es como el de un cajón que no se abre hace mucho tiempo. El señor Gonzalo es blanquísimo y tiene un acento de rolo que no se ha perdido con el paso de los años; su mujer se muestra bastante humilde y sumisa. Fueron muy enfáticos en decir que su vida mejoró mucho desde el día en que se mudaron a San Andrés,

Para nosotros esta isla ha sido una bendición. La vida acá, a comparación de lo que era en el interior, ha sido una maravilla. Desde las distancias, aquí se podía ir y venir en bicicleta a cualquier lado y sin miedo de nada...Yo me acuerdo que cuando me iba a beber a los bares de obreros y volvía en mi bicicleta a la casa, de lo más tranquilo, pero ahora no me dan ni ganas de salir por la inseguridad. (Entrevista a Gonzalo Rodríguez y Cecilia Piñeros, 27 de enero del 2020)

Respecto a las acciones del señor Benjamín Finkenstein no se puede decir precisamente que fueron una obra de caridad. A cambio de conseguir materiales y terrenos para dichos continentales, este logró posicionar a su familia como una de las de mayor poder económico y político de la isla. Como bien lo muestra un diario judío que realizó un reportaje sobre judíos en la isla de San Andrés:

Los intendentes y gobernadores, en su mayoría han sido antioqueños o caleños, el primer judío en llegar a un puesto importante gubernamental en San Andrés, fue el señor Benjamín Finkenstein —el que fue enterrado allí— representante de la isla ante la cámara, consejero industrial y diputado. Entregado de alma a la política colombiana, al igual que su padre don Isaac y su hermano Leopoldo —además de una línea de derecha en relación con Israel, defensores febriles del Estado de Israel— un luchador que trabajó mucho por la isla, de hecho hay un barrio en San Andrés llamado Natania, donde está el “Colegio Isaac Finkenstein” (o Colegio Industrial Natania), y la biblioteca Margarita Finkenstein (mamá de Benjamín). Años más tarde su señora, Anita Finkenstein también estuvo en el gobierno siendo la intendente de la isla de San Andrés. (Goldschmit, 2015)

Benjamín Finkenstein es recordado por los continentales como una persona que los ayudó a construir sus hogares y a establecerse en la isla. Por otro lado, el señor Finkenstein también es

recordado por algunos sectores de la comunidad raizal como aquella persona que empezó a traer a los “pañas” como estrategia de “colonización” de la isla y que, en consecuencia, desencadenó el proceso de urbanización por el que hoy en día pasa el territorio.

So the island get corrupted, and when you got to time of the election, you have people that used to bring over people from the continent to vote, and they no go back to where they come from. They give them land; they give them houses. They make that barrio named Natania, they make this barrio here, this barrio there. I can't tell you in every part of the island because sometimes I forget the name of the part, they changed the name of the places. (Entrevista a Cleo Watson, 18 de febrero del 2020)

Al ser la isla un territorio que no experimentó cambios abruptos en casi toda su historia, la llegada de personas del continente en flujos migratorios propiciados por la apertura del Puerto Libre impulsó el poblamiento de la isla de una forma acelerada. Esto causó que una sociedad insular sin mucha afinidad cultural con el continente, chocara con los nuevos habitantes que llegaron. La relación de los nativos con los habitantes provenientes del continente varía mucho: en algunos casos, los nativos fueron receptivos ante la llegada de los continentales y se mezclaron con ellos dando origen a lo que Taylor (2010) denomina como Fifty-Fifty² y, en otros casos, los nativos han decidido mantener cierto hermetismo ante los foráneos.

4.2 El Cocal: el narcotráfico y sus consecuencias

Lo primero que uno percibe al entrar al barrio es la tranquilidad: niños jugando en las calles, casi no pasan vehículos, personas pasando el tiempo en los pórticos de sus casas sentados en sillas de plástico y, cómo no, los jóvenes parados en las esquinas. Las casas son construcciones de cemento bastante simples, por lo general de dos pisos, y de colores pastel. Las calles son de dos carriles bastante estrechos si se comparan con los de una ciudad, apenas pueden adelantar las motos a los carros, y los negocios que se encuentran son los típicos de barrio: una peluquería y una tienda, aparte de las iglesias. Es curioso

² Los Fifty-Fifty son los hijos de raizales y continentales. Legal y étnicamente son reconocidos como raizales.

cómo en un barrio que no abarca más de 5 manzanas pequeñas hay 2 iglesias, y una en construcción. (Diario de campo, 07 de enero de 2020)

El Cocal es un barrio ubicado en el norte de la isla, precisamente en el centro económico; cerca al aeropuerto, a la playa, a la gobernación y al comercio. Yo crecí muy cerca al barrio, crecí básicamente a una calle de distancia. El barrio siempre fue conocido como un sitio peligroso y marginal, debido a que en los primeros años del 2000 fue el centro de distribución de drogas más grande de la isla: una “olla” como se le conoce coloquialmente. En un inicio, los terrenos que conforman el barrio pertenecían a familias isleñas. Con la llegada de los continentales, estas familias primero les arrendaron parcelas de los terrenos, en donde se construyeron “tugurios³”; y luego, como se muestra en el apartado 4.1 *Natania: el proceso de urbanización*, con la ayuda de políticos continentales se compraron aquellos terrenos para fundar juntas de acción comunal y barrios.

K: As I was telling you before, we have Swamp Ground this area, then changed the name as Cocal, then changed it to Santana, but this (hace un gesto que señala toda el área) Swamp Ground. A part from here we call Cartagena Alegre, and so is Swamp Ground. Because all these places were Swamp (todo el terreno de estos barrios era un pantano).

NHB: Ajá

K: and the the continentals came, and the people began to build houses, and, changing the name into different sections. (Entrevista a Cleo Keller, 18 de febrero de 2020)

Lo que para los isleños conformaba un solo territorio (Swamp Ground) fue cambiando con la llegada de los continentales y se fragmentó en varios barrios construidos por esta población venida del continente. Juan Hierro, el presidente de la junta de acción comunal del barrio es de origen continental —de Barranquilla, para ser más precisos— y su fisonomía y forma de hablar son bastante particulares: habla en español con el mismo ritmo de un isleño ya que al llegar a la isla, de niño, adquirió el creole como segunda lengua materna:

³ Esta palabra es común entre los habitantes de la clase alta de la isla para referirse a las construcciones de lata y madera en las que viven algunas de las personas de las clases bajas de la isla, en especial “los cartageneros”.

JH: esto se fundó el 5 de febrero de 1974

N: aja...

JH: fue cuando se fundó la junta de acción comunal, antes de eso esto era puro callecitas callecitas como decir uno de monte... pero puras callecitas. Cuando llegaron los cartageneros que ellos fueron prácticamente fundadores del barrio, pero los buenos; los malos fueron cuando llegaron los nietos, los hijos, ahí fue cuando comenzó la cosa. (Entrevista a Juan Hierro, 20 de enero del 2020)

En sus inicios, en El Cocal “no había calle, (...) era un sendero metido entre cocoteros y monte...” (Entrevista con María Gutiérrez, 15 de enero del 2020) y con la paulatina llegada de los habitantes de la Costa Atlántica se fueron armando “tugurios” en algunos barrios; los tugurios son un conjunto de habitáculos construidos a partir de tablas de madera y metal, usualmente encontrados en barrios marginales. Durante mucho tiempo el barrio fue una plantación de cocos, de ahí su nombre. Hoy en día El Cocal ha cambiado y es de los pocos barrios populares de la isla que cuenta con alcantarillado, agua, luz y carreteras hechas con cemento y no pura tierra; los famosos cocoteros han desaparecido para dar paso al concreto y a las viviendas coloridas.

4.3. La creolización de la violencia: las violencias del continente plasmadas en la isla de San Andrés

En este apartado me dedico a describir y analizar las formas de violencia que se han generado en la isla con las continuas migraciones de continentales las cuales han ocasionado choques y tensiones étnicas. Las dinámicas de las bandas barriales de la ciudad de Medellín sirven de ejemplo para describir la violencia que ha llegado a la isla y que, de igual manera, se asemejan a las del continente.

4.3.1. Discriminaciones y tensiones étnico-raciales en la isla

Como lo describí anteriormente, en lugares como El Cocal se asentaron en su mayoría personas originarias de la Costa Atlántica, en especial de Cartagena. Cuando me encontraba

conversando con la gente del barrio sobre los problemas de violencia y de la impopularidad del sitio en la isla, era común que quienes no eran de Cartagena se refirieran a los cartageneros como la raíz de los problemas, entre ellos la violencia o la venta de drogas.

Dentro del barrio se dan unas dinámicas particulares de discriminación que terminan por manifestarse en toda la isla hacia una población con un origen particular: los cartageneros, a quienes los habitantes del barrio y algunos sectores de la población isleña y continental consideran como los culpables del decaimiento cultural de la isla. Con este señalamiento no se refieren a todos los cartageneros, pero sí específicamente a los “champetudos”, quienes son descritos como personas “ordinarias” y “mal educadas”, hasta “cochinos” y “puercos”, de acuerdo con conversaciones escuchadas y sostenidas con los habitantes de la isla. De hecho, cuando le preguntaba a uno de mis interlocutores por la diferencia entre los “cartageneros” y los isleños era común que me respondieran que

el trato de los isleños siempre es igual con la gente, son muy solidarios, muy amigables, son muy buenos vecinos, son muy limpios, extremadamente limpios; en comparación a la gente pues de la costa [cartagenero] que son cochinos (se ríe), son sucios, tiran la basura por todos lados, se orinan por todas partes. Ehh, anteriormente no tenían servicio sanitario y hacían popó en periódicos y se lo tiraban al vecino, entonces ahí se ve la cultura de la gente que ha llegado a estos barrios. (Entrevista con María Gutiérrez, 15 de enero del 2020)

Más allá de que en el barrio se haga referencia a los cartageneros como los responsables del deterioro de la vida en la isla, en el contexto surge otro término para designar a personas (más allá de su origen geográfico) que tienen ciertos comportamientos y que se consideran marginales: los champetudos.

La raíz de esta palabra se encuentra en los barrios marginales de la ciudad de Cartagena. Cunin (2003) realiza una etnografía en dicha ciudad en la que analiza las categorías de clase y raza: particularmente describe cómo la estructura colonial heredada en el contexto cartagenero jerarquiza las clases sociales y determina los roles a partir del color de piel de las personas. La palabra “champetúo” tiene un papel clave a la hora de entender las relaciones de clase/raza que tiene la ciudad de Cartagena. La palabra “champetúo” hace referencia a una persona de las clases

marginales de color de piel oscuro y que tiene la costumbre de bailar champeta en la ciudad de Cartagena y sus alrededores (Cunin, 2003, pp 258).

Algo interesante es que, en la isla de San Andrés, este significado cambia y la palabra *champetudo* deja de hacer referencia a una persona negra como tal. Por ejemplo, Ramírez (2005) nota como los jóvenes de la isla de San Andrés se refieren como “champes” o “champetudos” a personas que perciben como “ordinarias”, “vulgares” y “maleducadas”.

Esto probablemente tenga que ver con la forma en la que los isleños concebían su serie de valores los cuales describía Wilson (2004) en su etnografía, en los que el nivel educativo de las personas se consideraba como una cualidad de alto valor y respetabilidad en el contexto; una persona que careciera de estos valores era estigmatizada dentro de la comunidad. Aunque, esto no quiere decir que las personas originarias de la Costa Atlántica no posean valores, sino que sencillamente sus costumbres son distintas y son estigmatizadas por los isleños.

De hecho, un elemento de tensión social que se presenta en El Cocal son los “pick-ups”⁴ que suenan hasta altas horas de la madrugada haciendo sonar vallenato o champeta, pues resultan problemáticos tanto para los habitantes de origen cartagenero como para el resto de habitantes, sean isleños o de otra parte de Colombia. Charlando con Dayana Barrios ella me contaba cómo los pick-ups se vinculaban a los eventos violentos que sucedían en El Cocal

N: ¿y a ti te ha tocado experimentar la violencia en el barrio?

D: Si, enfrentamientos sí. Siempre se han visto, y más que nada cuando se ponen los pick-ups, siempre ha habido problemas después de esas fiestas. Digamos la fiesta comienza bien, están bailando, pero como comienzan a consumir drogas, a beber alcohol y comienzan a llegar de otros barrios ese es el mayor problema.... Porque entonces en el mismo lugar se encuentran dos personas que son enemigas o que tienen alguna riña con la familia o con algún amigo, y ya con el licor y con la droga encima, es donde comienza el problema. (Entrevista a Dayana Barrios, 16 de febrero de 2020)

⁴ Los pick-ups son equipos de sonido gigantes, típicos en los barrios populares de la Costa Atlántica.

4.3.2. De las tensiones sociales a la violencia urbana creolizada

Podemos ver que en el barrio una fiesta que involucra pick-ups sirve de detonante para eventos que implican violencia, ya que este tipo de festividades reúnen personas de varios sectores de la isla y, en algunos casos, a integrantes de distintas bandas criminales que se pueden encontrar enemistados. Ya desde esta práctica, que no es originaria de la isla, empieza a surgir una creolización de la violencia, puesto que es una costumbre que tiene origen en el departamento de Bolívar y se articula en el territorio insular sirviendo como espacio difusor de la violencia.

Como bien lo decía Glissant (1992) la creolización se da en un espacio concreto donde chocan diversas culturas para terminar por producir un nuevo producto cultural, sea una lengua, música, comportamientos o costumbres. En este caso tenemos una costumbre de la Costa Atlántica en territorio isleño —los pick ups— difundiéndose entre la cultura de la isla.

Se ha vuelto común que dichas fiestas en los barrios de la isla terminen con algún muerto o con intervenciones de la policía. No es solo El Cocal uno de estos barrios: Santana es el nombre de uno aledaño —solo los divide una calle— en el que suceden constantes peleas entre sus habitantes. Durante mi estadía en diciembre de 2017 hubo una pelea entre los dos barrios que pude contemplar:

Básicamente todos sus habitantes, desde hombres hasta mujeres y niños se insultaban a través de lo que parecía una barrera invisible: la calle que separa El Cocal de Santana. Los habitantes de Santana se encontraban de un lado, los de El Cocal del otro; botellas y piedras volaban por el aire, y de vez en cuando se veía a algunos habitantes lucir sus revólveres sin hacer uso de ellos. La intensa noche termina cuando llega un mar de policías a detener lo que se asimilaba a una batalla campal. Pero, aproximadamente dos horas después del fuego, cuando todo el mundo se encontraba ya durmiendo se escuchan seis tiros. La primera noticia que recibimos en la mañana fue “la venganza del Roger”: al Roger le habían logrado pegar seis tiros, pero ninguno mortal. (Diario de campo 25 de diciembre de 2017)

Esto me lleva a pensar en cómo la violencia urbana que se encuentra presente en el continente se ha extendido hacia la isla. “El Roger”, era precisamente el traficante principal que controlaba uno de los expendios de droga en El Cocal y que fue baleado por sus adversarios de Santana.

El concepto de violencia urbana nos resulta útil para analizar lo que está sucediendo en la isla. Moser (2004) entiende la violencia urbana como una ramificación de la violencia estructural; en la violencia urbana es común que los grupos marginados de los espacios urbanos se vean relacionados con actividades ilícitas como narcotráfico, prostitución, bandas criminales, entre otros, lo que crea una inestabilidad social constante ocasionada por la ineficiencia de las instituciones estatales.

A partir de esta descripción, es posible afirmar que aquellas formas de violencia reiterativas en Colombia, como la urbana, han alcanzado territorios como los de la isla de San Andrés. Es importante señalar que un elemento adicional fue la migración de personas afectadas por el conflicto armado, las cuales llegaron a establecerse en la isla en condiciones marginales.

En Colombia la violencia urbana se generalizó puesto que el conflicto armado y el desplazamiento forzado han provocado que personas en condición de vulnerabilidad migren a las principales ciudades del país y se establezcan en condiciones de marginalidad. Suárez (2018) nos muestra un caso en la ciudad de Medellín: las bandas criminales barriales de la ciudad, en específico las de las comunas 16 y 70, son controladas muchas veces por un núcleo familiar. En el caso del barrio El Cocal una parte de mis interlocutores se refirieron a una familia: Los “Zabaleta”, una familia de origen cartagenero que, con el tiempo “se trajeron los primos, los tíos, los hijos, hasta los abuelos pa’ca pal barrio, y son ellos los que controlan el barrio” (Segunda entrevista a Juan Hierro 15 de febrero de 2020).

Así, podemos ver de qué manera el conflicto armado, si bien no se presentó de manera directa en el territorio isleño, con el tiempo sí ha llegado a dejar una huella en este. Esta huella, común dentro del territorio colombiano, se resume en la migración masiva de personas en condición de marginalidad, situación que ha contribuido a la difusión de la violencia.

Como se ha dicho, parte de la población raizal suele atribuir la llegada de la violencia a las personas continentales. Pero al día de hoy, la población general de la isla es consciente de que, si bien la llegada de la violencia se dio en parte por la migración desde el continente, los nativos raizales se han apropiado de dichas prácticas:

N: ¿y qué problemas tú ves que son los actuales en la isla, los de tu generación y de la mía?

J: no, la intolerancia que es la que.... Pues al tener mezcla con gente de afuera, del interior, han aprendido mañas, y la intolerancia más que todo, es como el problema actual. Que eso, no... ya nadie pelea si es paña, si es isleño, eso todo el mundo, eso ahora mismo, cualquiera, hasta ellos son los que ahora están haciendo sus peleas y sus daños.

N: O sea, es entre todos...

J: Sí, o sea, antes era como dicen ellos: los continentales. Ahora son ellos los que... si los raizales son los que han hecho bandas y han hecho vainas, y ellos se han juntado con los de acá (se refiere a la gente de El Cocal)

N: Y eso crea conflicto...

J: Sí, porque aquí no había bandas antes, aquí no había vacunas, aquí no había nada de eso. Todo eso lo han aprendido. Todo eso ya lo tienen. Ellos antes eran machete no más; puño y machete. Ahora te dan bala. (Entrevista a Pepe Flórez, 16 de enero de 2020)

Con base en esta entrevista podemos ver como la atribución de la violencia y el crimen a un grupo poblacional específico se empieza a desdibujar: ya no es necesariamente que sea al *Paña* o al *Isleño* a quien se señala de participar en actividades delictivas. Esto se puede explicar por la creolización que se ha dado en el contexto, referido por Taylor (2010) y Ramírez (2005, pp 43-44) como el hecho de que parte de la población isleña se ha mezclado con la continental, produciendo así familias mixtas; algunas mitades continentales, otras mitades isleñas, como también que las nuevas generaciones crecieron con una población continental ya establecida en la isla. De esta

manera, la inclusión de los isleños en celebraciones como los pick-ups, va borrando poco a poco los límites culturales entre los dos grupos e involucrándolos, de igual manera, en las formas de violencia que genera el narcotráfico.

4.3.3. La violencia urbana en la cotidianidad de la isla, reflejo de la violencia urbana continental

Como se expuso en el capítulo 3, al mirar en detalle la entrada de las bandas criminales a la isla, desde finales de los años 90 y principios del nuevo milenio, se evidencian las nuevas “costumbres” que trajo este proceso. Como lo menciona Pepe, estas nuevas “costumbres” han sido comunes en el continente, en especial en las ciudades centrales del país como Medellín, y tienen su origen en prácticas de los grupos armados que se conocen como paramilitares.

Para este escrito quise precisar el origen de Grupos Armados Criminales, ya que de ellas descende parte de la violencia que hoy en día se manifiesta en el archipiélago, en específico de las bandas que allí funcionan como un eslabón en la cadena de lo que sería el negocio del narcotráfico. Los Grupos Armados Organizados (GAO) originalmente surgieron de los residuos de las desmovilizaciones de paramilitares, estos grupos

(...) carecen de ideología política y la aplicación de la presente directiva no les concede estatus político alguno. Sin embargo, no por ello, se puede desconocer que su actuación tiene un alcance nacional e internacional, que, a partir de la concertación de sus integrantes, está asociado para la comisión de diferentes delitos con fines económicos y materiales (Resolución 015 del 2016, citada por Bernal, 2018, p. 87)

Y particularmente se identifican por controlar a los Grupos Delictivos Organizados (GDO) que son grupos armados dedicados a actividades delictivas como el narcotráfico, tráfico de armas, personas, extorsiones, etc., dentro de una región o departamento, pero suelen carecer de una estructura definida y usualmente están conformados por pocos miembros (Bernal, 2018).

Hay que tener en cuenta que los *modus operandi* de las GAO y de algunos GDO descienden de los grupos paramilitares formados a lo largo de la década de los 80, en especial, aquellos que se relacionan con el control social de una población. Es por esta razón que me gustaría mencionar la etnografía de Madariaga (2006) realizada en un pueblo del Urabá antioqueño que se encontraba bajo control paramilitar, ya que esta me permite comparar las forma de operar de los GAO y los GDO en otros contextos. En ella se explora cómo los habitantes del pueblo viven y sienten las formas de coerción y de violencia que ejerce el régimen paramilitar en el pueblo. Dicho régimen genera miedo y terror dentro de la población, puesto que los paramilitares siempre están presentes en la vida social del lugar.

En la vida diaria, el papel que juegan los paramilitares frente a los habitantes del barrio es, principalmente, de vigilancia. A pie, en bicicleta o en moto, solos o en grupo, los paramilitares patrullan las calles día y noche y toman parte en todas las instancias de la vida del pueblo, directamente y a través de sus colaboradores ‘civiles’ (distinción sumamente problemática en este contexto). (Madariaga, 2006, p. 47)

En la isla de San Andrés, aunque hay actores paramilitares (GAO) involucrados en el tráfico de narcóticos, estos no ejercen una coerción sobre los habitantes del territorio ya que no están físicamente presentes en el contexto. Allí, las dinámicas de tráfico y violencia se asemejan a las de los GDO en los barrios de la ciudad de Medellín, es decir, los Grupos Delincuenciales Organizados presentes en la isla de San Andrés tienen dependencia de Grupos Armados Organizados del continente como los Rastrojos o los Urabeños, como lo evidencio en párrafos posteriores. Asimismo, estas semejanzas también las encuentran mis interlocutores y algunas reflexiones académicos como las de Avella (2009) y Mantilla (2011). En ese sentido se puede afirmar que ha surgido un tipo de violencia urbana.

En la ciudad de Medellín, después del 2004, cuando se desmovilizaron los paramilitares, diversos Grupos Armados Organizados empezaron a llegar a la ciudad y a tomar control de algunos barrios, asumiendo el papel del estado en cuanto a control social se refiere. De esta manera se adueñaron de los negocios de distribución de droga o de extorsión y sicariato, y empezó la formación de Grupos Delincuenciales Organizados (Suárez, 2018).

Una de las semejanzas que se observan en el contexto de San Andrés en comparación con el de Medellín es el tráfico y el expendio de drogas y la lucha por el control de territorios; al igual que en la capital antioqueña, en la isla también se generan “fronteras invisibles”.

N: pero y esas riñas ¿son generadas por qué? ¿Simplemente por el hecho de ser de otro barrio?

SA: Ujum simplemente, o sea, como los papás se llevan mal con los hijos los inducen a eso “no que tú no te puedes juntar con esa persona” y ahí empiezan las riñas de generación en generación. Y también yo digo que eso que sale en el noticiero a veces que “fronteras invisibles”; por ejemplo, los de El Cliff no pueden bajar a Santana porque los acaban, les tiran piedras... mi abuela vive por ahí, yo he visto todo eso, por eso es que se lo digo. (Entrevista a Samuel Arenas, 31 de enero de 2020)

Las riñas y la violencia no se limitan exclusivamente a determinados barrios: la violencia se extrapola a la totalidad de la isla, creando una constante sensación de miedo y temor en los habitantes, tanto raizales como continentales. Era común que mis interlocutores me expresaran cómo hace algunos años se podía dormir con las ventanas y puertas del hogar abiertas, mientras que hoy en día tienen temor casi todo el tiempo sobre lo que les pueda ocurrir, como por ejemplo ser confundidos con un objetivo de sicarios o ser víctimas de robos.

KO: pues antes no había el miedo de salir de pronto a divertirse uno a la hora que fuera, eh, de pronto la sensación que te da estar en Providencia, por lo menos cuando yo voy a Providencia puedo estar en la calle a la una o dos de la mañana en una moto manejando y uno se siente tranquilo, ¿sí?, eso se ha perdido acá, eh, también el hecho de que dormíamos con las puertas abiertas y las ventanas abiertas, eso no se puede hacer ya. (Entrevista a Karen Oswald, 21 de enero de 2021)

Es interesante ver cómo la violencia que se manifiesta en la isla es de corte urbano, y de igual manera guarda similitudes con el temor y el miedo que ocasionan los paramilitares en las

zonas rurales. Al establecerse San Andrés como un espacio donde ha ocurrido un proceso de urbanización no planeado o acelerado, como los ocurridos en la mayoría de las ciudades latinoamericanas, se crean espacios de marginación.

Los espacios de marginación dan lugar a dinámicas de estatus de los jóvenes que se rigen dentro de “microestructuras criminales” —bandas criminales o grupos delictivos—, lo que potencia la popularidad de las actividades delictivas en el contexto social de la isla. Al mismo tiempo, los grupos delictivos empiezan a suplir el papel de las instituciones ausentes del estado y las necesidades que estas deberían cubrir.

A manera de conclusión en este capítulo hemos podido ver cómo el contexto isleño, desde la declaratoria del Puerto Libre en 1953, ha devenido en un proceso de urbanización paulatino ocasionado por la constante migración de personas del continente. Los políticos que ayudaron con la construcción de barrios son recordados por los continentales como personas buenas que los ayudaron; mientras para un sector de la población raizal son personas que aprovecharon su condición de políticos para ganar poder.

El proceso de urbanización también se ha visto vinculado con el narcotráfico, ya que personas en condición de marginalidad llegaron a la isla. En su mayoría provenientes de la Costa Atlántica, esta migración masiva le dio auge al narcotráfico como alternativa para poder generar dinero. Una parte de esta población es discriminada por otros habitantes de la isla, pues tanto raizales como continentales hacen referencia a las categorías de “champetudos” y “cartageneros” como personas con conductas que afectan la isla.

Las dinámicas de violencia en la isla se pueden entender desde lo que denomino la *creolización de la violencia*, ya que el constante flujo de migraciones en el contexto ha propiciado la mezcla de prácticas relacionadas con la violencia.

5 La juventud creolizada en un contexto de violencia urbana

El caso de las juventudes de la isla de San Andrés es particular, ya que por mucho tiempo las personas se encontraban alejadas de la influencia cultural colombiana, y de la violencia que se producía en el continente. De hecho, la existencia de muertes violentas en el contexto era casi inexistente hasta finales de los años 90 (Sánchez, 2013). Es factible que la violencia y el crimen se hayan acrecentado en el territorio gracias a la apertura económica que hubo con el gobierno de Cesar Gaviria a principios de los 90.

Los beneficios otorgados por el Puerto Libre decayeron y terminaron por llevar a la isla hacia la inestabilidad económica, provocando que los jóvenes cada vez más tuvieran que buscar otras alternativas para ganar dinero (Meisel, 2003). Al ser solo el turismo la mayor industria del contexto, junto con la falta de otras opciones laborales, ha favorecido el auge del narcotráfico entre la juventud. De esta manera la marginación juvenil que de por sí se encuentra ubicada en un territorio periférico de Colombia, hizo que decayera más la calidad de vida en la isla. Para los habitantes la vida era mejor antes de la violencia, aunque no hubiera un gran desarrollo en la isla.

At the forefront of the high levels of violence in Latin America are gangs (...) The motivations for individuals joining these groups are not “clear cut”. Members are often young, poor, uneducated males who see their membership as a source of power, prestige and profit (...) From the gangs, individuals who are marginalised from society can obtain a type of acknowledged social identity from their membership (...) which they would otherwise not have from the wider society. (Doyle, 2016, p. 2)

Como lo he venido mostrando, el contexto isleño ha estado sujeto a una serie de cambios sociales enraizados en la violencia que ocasiona el narcotráfico, el cual tiene una de sus causas en el conflicto armado colombiano. Durante mi estancia en la isla, las personas mayores se refirieron a *los jóvenes* como los causantes del incremento de la violencia en el contexto; ellos son los que principalmente conforman las GDO que allí operan.

También son los jóvenes quienes más se han apropiado de la cultura del continente, lo que ha provocado que en San Andrés se manifieste una *narcocultura creolizada*, que mezcla los efectos

de la violencia urbana con los de la violencia rural. Si bien no hay un Grupo Armado Organizado ejerciendo un control directo sobre la zona como en el caso de la etnografía de Madariaga (2006), los habitantes de la isla llegan a sentir el mismo miedo y opresión del contexto del Urabá antioqueño como bien lo he mostrado en el apartado 4.3.2. *De las tensiones sociales a la violencia urbana creolizada*.

5.1 Marginalidad juvenil y narcocultura en la isla

De hecho, en donde existe la violencia urbana, muchas veces los jóvenes marginados se encuentran en situaciones de vulnerabilidad dentro de sus familias, ya sea porque en el hogar el dinero no alcanza para cubrir sus necesidades y las de sus familiares, o porque deben abandonar sus estudios para ver cómo ayudan en sus casas. En el Archipiélago la actividad del narcotráfico se ha ido convirtiendo en un medio de subsistencia y de adquisición de estatus, en un contexto donde las oportunidades laborales y de capacitación son limitadas:

los capitanes y ayudantes de las lanchas rápidas fueron descritos como simples muchachos de barrio, queridos por su familia, educados con valores, miembros de familias religiosas, practicantes de deportes, inclusive, excelentes alumnos de los cursos de navegación ofrecidos por el Sena, y pacíficos; los mueve, decía, la ambición de ganarse el reconocimiento de las mujeres, llamar la atención y alcanzar ese modo de vida y alto nivel de consumo que ven en los medios de comunicación (usar ropa de marca y adornos de valor, adquirir vehículos nuevos, consumir licores, andar en bonche escuchando música). (Abello, 2009, p. 77)

En la isla de San Andrés se va estableciendo lo que en la literatura académica se conoce como una *narcocultura* (Reguillo, 2003). La narcocultura se puede definir como el conjunto de influencias que ejerce el narcotráfico sobre la sociedad en términos de consumo cultural. Para García Canclini el consumo cultural se puede entender como “el conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio, o donde al menos estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica” (García Canclini, 2006, p. 42). Esto lleva a que los gustos, valores y costumbres de narcotraficantes

se inserten en la sociedad, ya que estos se van convirtiendo en modelos a seguir por los más jóvenes y sus costumbres comienzan a tener un valor simbólico para estos.

La narcocultura suele tener una influencia fuerte en las capas más bajas de la sociedad debido a que el narcotráfico representa una forma de ascenso social y de ganancia de dinero para las personas más pobres, aunque esto no excluye que las capas medias y altas se vean influidas y, de igual manera, estén relacionadas con el narcotráfico (Reguillo, 2003).

Colombia y México son dos de los países donde la narcocultura tiene una influencia grande en la sociedad. Por ejemplo, en México, se llega a encontrar de manera profunda en algunas áreas del país, más que nada en el norte, en los estados de Sinaloa y Chihuahua, donde los narcotraficantes son admirados, y hacen cultos a la “santa muerte” para alejar a sus enemigos (Santorum, 2010; Williams, 2010). En Colombia por ejemplo se manifiesta con las producciones artísticas como las narconovelas o subgéneros musicales del rap. No está de más la influencia que dejó Pablo Escobar en algunos barrios de Medellín, de su imagen como benefactor al “ayudar a los pobres” construyendo dichos barrios.

Así, podemos ver que en los contextos donde el narcotráfico impera se va creando una microcultura que impone las actividades delictivas y la violencia como un medio para obtener dinero fácil y ascender socialmente. Así en el Archipiélago se da una creolización de la violencia, con nuevas prácticas influenciadas por la violencia generada por el narcotráfico en el contexto cultural de la isla. Estas se evidencian, principalmente, a través de las redes sociales y los medios de comunicación de la isla, los cuales tienen una influencia fuerte sobre la visión de mundo de las poblaciones más jóvenes.

Resulta adecuado mencionar que la narcocultura es un ingrediente más en la creolización de la violencia que sucede en San Andrés, esto se da, en mayor medida, a través de los medios de comunicación, que en gran parte de Latinoamérica reproducen la narcocultura a través de producciones como la música, las redes sociales o las telenovelas (Reguillo, 2003). En México⁵,

⁵ A la isla han llegado carteles mexicanos y de Centroamérica, recorriendo barrios de la isla pude ver varios grafitis de bandas como “Los Zetas”. Además de que no son pocas las noticias que hacen referencia a la presencia de los carteles en Colombia y en la isla, ver (El tiempo, 2018)

por ejemplo, las bandas de narcos que se encuentran en disputa, utilizan los medios de comunicación para difundir amenazas hacia sus enemigos, en forma de cuerpos mutilados, de los que se difunden imágenes por las redes (Williams, 2010).

Esto es similar a lo que sucede en la isla de San Andrés donde durante mi estadía tanto los periódicos como los ciudadanos comunes difundían imágenes de cuerpos, algunas víctimas de asesinatos —otros simplemente víctimas de un accidente— a diferencia de los GDO o GAO quienes difunden las imágenes con el fin de provocar miedo o terror. Es la población civil a través de su curiosidad quien lo hace; esto denota una nueva práctica influenciada por la violencia dentro del contexto.

5.2 Mediatización de las violencias

Las consideraciones que tiene el autor jamaicano Stuart Hall (2010) respecto a la influencia de los medios de comunicación sobre procesos en el inconsciente de los individuos y la manera como los moldean a partir de ideología, son centrales para entender la relación que guarda la difusión de la violencia a través de estos en el Archipiélago.

Hall (2010) nos dice que los medios de comunicación son capaces de crear representaciones mentales en las personas a través de procesos inconscientes en las mentes de las personas, por ejemplo: todas las personas negras participan en actividades delictivas. Este tipo de “prejuicios” o ideas se crean en el interior de una sociedad a través del lenguaje y la construcción colectiva que le otorgan significados a las palabras, en lo que, casualmente los medios de comunicación llegan a afectar, al influir en las categorías culturales.

En gran medida, los procesos funcionan de manera inconsciente, más que por intención consciente. Las ideologías producen diferentes formas de conciencia social, en lugar de ser producidas por aquéllas. Funcionan de manera más efectiva cuando no somos conscientes de que la manera cómo formulamos y construimos una afirmación sobre el mundo está apuntalada por premisas ideológicas (Hall, 2010, pp 300)

Uno de mis interlocutores argumentaba la influencia que empiezan a tener los medios de comunicación sobre la juventud de la isla y cómo se relaciona con la violencia y la cultura narco, cambiando a los jóvenes de la isla a través de un proceso inconsciente en el que las ideas de la cultura narco dan pie al seguimiento de actividades delictivas. De esta manera se da un flujo de ideas que favorecen y ameritan la violencia mediante un proceso inconsciente de uno de los muchos grupos de jóvenes en la isla.

MA: Lo que consumen los adolescentes, los jóvenes de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, son medios de comunicación en donde el violento es el héroe, el traqueteo es el héroe. “La chica de las tetas con paraíso” es la heroína y es la chica bonita, y están copiando esos modelos.

N: Esos son constructos que obviamente traen los medios, pero ¿hasta qué punto tiene que ver la influencia colombiana, de la cultura colombiana?

MA: De hecho, yo creo que es muy fuerte, porque cuando tú escuchas a los jóvenes de San Andrés hablar, hablan o con acento, o intentando imitar el acento paisa, o intentando imitar el acento del cartagenero o de alguna otra ciudad de la costa colombiana. Y es algo generalizado, eso lo hacen raizales y no raizales, y es porque hay un desarraigo de lo propio, una subvaloración de lo propio, lo mío, mi idioma propio, mi creole, un español neutro que es como que el que tenemos tu y yo, la gran mayoría de la gente de nuestra generación tiene un español más neutro. En esta generación de gente se ve eso modificado. (Entrevista a Mitchell Andrews, 16 de enero de 2020)

De esta manera vemos cómo la juventud de la isla cada vez más se ha visto influenciada por la cultura narco que proviene de Colombia, insertándose así dentro de la realidad social de la isla, con valores que empiezan a diferir de los de la comunidad raizal. Es decir, otros valores entran a permear los valores sociales que tradicionalmente hacían parte del juego social.

Los medios de comunicación no solo contribuyen a la difusión de expresiones de la narcocultura, sino que, en el contexto sanandresano, también es diseminada a través de las redes

sociales. Una de las formas que pude evidenciar que atemoriza a las personas se basa en la difusión de amenazas por redes sociales.

Durante el trabajo de campo realizado en enero de 2020 pude notar cómo a través de WhatsApp, Facebook, y otras redes sociales, se difundían listas de personas que son objetos de amenazas de asesinato. Desde el segundo día de mi estancia en la isla llegaban mensajes a WhatsApp informando sobre eventos violentos. Así, en la cotidianidad del 8 de enero de 2020 me encontraba tranquilo en la casa escribiendo mi diario de campo cuando a las 10 de la noche más o menos, en un grupo de WhatsApp llega un mensaje diciendo:

“tiroteo en altos del barrio Natania”

Al pasar una hora o dos, llega otro mensaje diciendo:

Son dos los muertos que dejó el tiroteo (Diario de campo, 8 de enero de 2020)

Y así es la cotidianidad de la isla: en cualquier momento se llenan las redes sociales de escandalosas publicaciones sobre las personas que hayan fallecido por causas violentas:

Todas las muertes, sean asesinatos, sean accidentes, son compartidos por redes sociales; el mismo día que asesinaron a *El Cucú* publicaron las fotos en un grupo de WhatsApp, bastante explícitas, de su cuerpo en la escena del crimen: estaba ahí tirado, recostado de lado y con los brazos en el piso mientras un charco de sangre salía de su abdomen, lugar en el que le dispararon; días después se accidentó un hombre en una carretera cerca de El Cocal y se demoró más en llegar la ambulancia que en estar distribuidas las fotos por WhatsApp: esta vez se veía el cuerpo de un hombre calvo cuyo torso se encontraba con el pecho hacia el piso y la cabeza estaba prácticamente mirando hacia el cielo, mientras la sangre salía por debajo del cuerpo. Al parecer en la isla a la gente le gusta el morbo o como dijo una interlocutora “yo miro las fotos pa’ saber quién se murió”. (Diario de campo 13 de enero de 2020)

Quizás sea a causa de que la violencia explícita es algo novedoso en el contexto, lo que provoca cierta fetichización⁶ de esta por parte de los habitantes de la isla. Al ser la isla un espacio tan pequeño (la isla solo posee 27 km²), se crea la sensación constante de peligro o de miedo por parte de sus habitantes, puesto que, aunque un hecho violento ocurra en un lugar lejano de la isla, este llega a sentirse en todos lados por igual.

Los habitantes se encuentran bombardeados por todos los medios de comunicación sobre hechos violentos. En periódicos revisados durante el trabajo de campo como *The Archipelago Press* y *El Extra*, básicamente todas sus primeras páginas se encuentran atestadas de fotos de asesinatos muy explícitas. Haciendo, una vez más, una comparación con la violencia continental, nos encontramos con la etnografía de Madariaga (2006) en el Urabá antioqueño, en la que el miedo y el terror surgen de la coerción y presencia de paramilitares en el contexto, mientras que en la isla de San Andrés el miedo tiene su origen en la constante transmisión de sucesos violentos a través de los medios de comunicación como redes sociales, prensa amarillista y noticieros locales.

5.2.1. Las acciones de los jóvenes ante la violencia

Una apreciación que tengo que hacer sobre el contexto y sobre la juventud de la isla es la conciencia que los habitantes tienen sobre la violencia: es como si el peligro y el miedo estuvieran sobredimensionados en su mente. Por ejemplo, durante mi estancia en la isla tuve la oportunidad de trabajar con un grupo de jóvenes de la Iglesia Sagrado Corazón del barrio Natania, quienes me invitaron a hablar de mi proyecto de grado y, de paso, realicé los mapas de cartografía social en conjunto con unos dibujos de personas que para ellos representen a alguien violento. Abajo describo como fue la actividad y la conciencia que tenía este grupo de jóvenes en cuanto a la violencia.

Por el lado de la actividad: ayudé a los muchachos a organizar el espacio donde se iba a realizar la actividad, compré refrigerios para dar al final de la actividad y pues, ayudé a las “hermanas” de la iglesia a hacer algunas cosas. La gente fue llegando, cada vez más y

⁶ Con fetichización me refiero a la forma en la que las personas de la isla se relacionan con la violencia y el narcotráfico, para ellos es un tema indignante escandaloso y vergonzoso, pero de igual manera les gusta conocer todo lo relacionado con estos temas.

más, todos se recibían con cariño entre abrazos y besos en las mejillas, y a mí con un apretón de manos. Hubo un inconveniente, y fue que todo el mundo llegó muy tarde por lo que el tiempo de las actividades a realizar se vio mermado. Cuando les expliqué que había que hacer un mapa de San Andrés en el que evidenciaran zonas peligrosas o violentas lo primero que dijeron fue “coloreamos toda la isla entonces” seguido de risas... Más tarde cuando llegó la hora de cartografiar el barrio Natania todos coincidieron en que el barrio no tenía ni un solo sitio peligroso. (Diario de campo, 31 de enero de 2020)

Figura 1
Mapas 1 y 3 de cartografía social

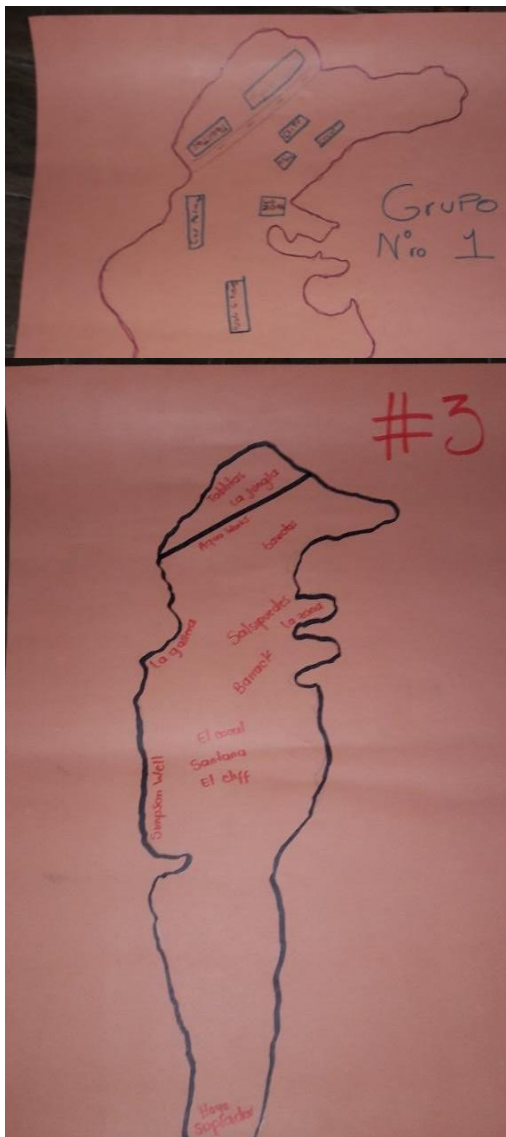
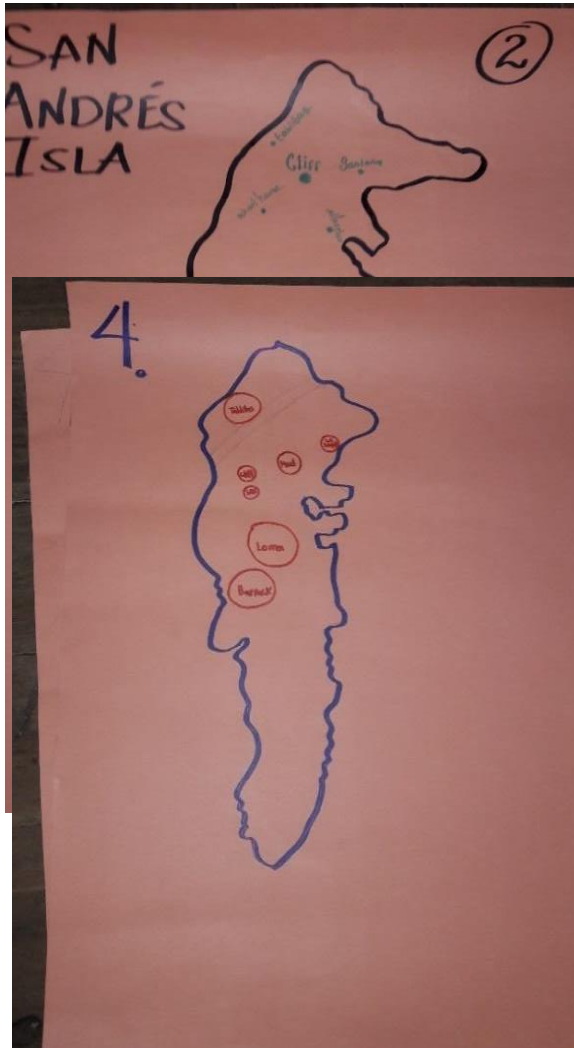


Figura 2

Mapas 2 y 4 de cartografía social



En los mapas es interesante ver cómo los barrios de continentales son en su mayoría los señalados por los jóvenes; como lo he dicho antes, son barrios marginales ya que no fueron planeados y fueron poblados de manera irregular por personas del continente, en especial de la Costa Atlántica, barrios como El Cocal, Santana, El Cliff y Las Tablitas fueron mencionados.

También mencionaron barrios que en el pasado eran considerados únicamente de isleños como, por ejemplo: Barrack, La Loma, El Hoyo Soplador. Esto me causa impresión, ya que como

lo he dicho a lo largo de este escrito, la violencia se encuentra generalizada a lo largo y ancho de la isla. No es un barrio en específico, ni un grupo social en específico el que es responsable de la violencia en la isla, aunque los habitantes de la isla señalen a los cartagenero o champetudos como los culpables.

Para comparar, es interesante ver como Ramírez (2005) en su etnografía sobre la juventud de la isla, en la que realizó cartografía social, encuentra que los jóvenes de la isla ubican a los champetudos en

Barrios como el Cliff, School House, Natania, Tablitas, es decir todos los barrios cercanos al centro que están ocupados por continentales y que tienen las peores condiciones de la isla: no poseen acueducto ni alcantarillado, hay una alta densidad poblacional y las construcciones son en materiales débiles. (Ramírez, 2005, p. 88)

Al parecer, desde que Ramírez inició su trabajo etnográfico en el 2003, las cosas en la isla han cambiado. Ahora también se relaciona a los champetudos con barrios que en el pasado eran solo de isleños como El Hoyo Soplador, La Loma o El Barrack, barrios que no necesariamente se encuentran en el centro de la isla, sino al sur.

Volviendo a mi etnografía, podemos ver cómo la juventud de hoy en día se ha dedicado a crear conciencia sobre la violencia en la isla. Los muchachos de la Iglesia Sagrado Corazón dedicaron un espacio a crear conciencia sobre los efectos de la violencia sobre la población:

Los muchachos del grupo de la iglesia prepararon una actividad por su parte, una lúdica se podría decir, que consistía en lo siguiente: los jóvenes, que eran alrededor de 40 se dividían en dos grupos, un grupo de jóvenes se unía, se abrazaba, se sujetaban con todas las fuerzas del mundo; mientras el otro, que representaba la violencia, tenía que intentar separar a los jóvenes unidos. Tal llegó a ser la euforia de la juventud en el momento, que volaron sillas de plástico, jóvenes cayeron al piso, gritos retumbaron en la acústica del auditorio de la iglesia... pero la violencia no pudo separarlos en medio de tantas risas. (Diario de campo, 31 de enero de 2020)

De esta forma, la juventud que ha crecido con la violencia dentro del contexto es la que está generando propuestas para combatirla a través de la cultura, la juventud de la isla no se queda quieta en cuanto al problema de la violencia y el narcotráfico. Me parece que las iniciativas de los jóvenes surgen a causa de los problemas por los que pasa la isla, ya que al estar rodeados de un contexto violento es necesario traer cambios a la isla. Las propuestas de los jóvenes resultan acertadas puesto que se dedican a educar y crear conciencia en la población para prevenir la violencia.

Esto me lleva a pensar en que no es solo la juventud la que está creando conciencia sobre los eventos violentos en la isla. Como bien lo decía a inicios de este apartado, los habitantes de la isla parecen sobredimensionar los efectos que les producen los hechos violentos. Quizás esto sea una señal de que es la isla entera la que quiere un cambio en sus condiciones de vida ante un gobierno que hace muy poco para solucionar la mala calidad de vida del territorio. Más allá, me parece que es un problema que no solo está presente en la isla, sino que a nivel nacional.

Para concluir, puedo decir que en el contexto se da una violencia urbana creolizada, término que hace referencia a la difusión de las formas de violencia provenientes de varios contextos específicos que se logran difundir hacia otros en los que no estaban y se entremezclan para dar lugar a nuevas formas de violencia. El espacio urbano de la isla de San Andrés se ha convertido en un contexto que propicia la creolización de la juventud isleña a partir de la influencia de la violencia difundida por los medios de comunicación y la narcocultura presente en otros contextos.

Conclusiones

Al ser el Archipiélago un lugar que ha estado sujeto a distintos flujos migratorios desde la llegada de los europeos en el siglo XVII —primero con puritanos ingleses que se derivaron de las colonias dirigidas hacia Norteamérica, hasta la llegada de los colombianos en los siglos XIX y XX— se ha dado una creolización cultural particular en la isla de San Andrés, dando origen a la etnia raizal, como resultado de todos los movimientos migratorios mencionados.

Inicialmente se creolizaron culturas africanas con la anglosajona, pero desde mediados del siglo XX la cultura colombiana ha empezado a tener gran influencia dentro del contexto isleño. Particularmente la presencia de la cultura caribeña de la Costa Atlántica ha hecho que la población de la isla se asemeje cada vez más a esta. Pese a que aún se conservan algunas características propias de la cultura raizal como la lengua o la comida, la tradición nativa resulta cada vez más invisibilizada ante los ojos de los extranjeros.

A partir de las diferencias encontradas entre la historia colonial de Colombia y la del Archipiélago se puede concluir que existe una clara diferencia entre la creolización y el mestizaje. El mestizaje, por un lado, supone la convivencia de grupos étnicos distintos durante un periodo prolongado de tiempo, en el que se llegan a sincretizar partes de sus culturas; mientras que la creolización supone un choque cultural en el que nacen productos culturales.

En la actualidad, y gracias al continuo proceso de creolización que sucede en el Archipiélago, el lugar de procedencia de las personas es el principal factor de discriminación entre la población. Esto se contrapone a lo planteado por Wilson (2004) en su etnografía, donde los isleños solían tener un sistema social particular dominado por la respetabilidad y la reputación, basado en los valores tradicionales de los raizales, pero en la actualidad esto ha cambiado con el narcotráfico en donde el tipo de valores se ha visto trastocado y se empiezan a exaltar habilidades que sirvan para ejercer esta actividad en vez de los valores tradicionales.

Para los raizales de mayor edad, valores como el nivel educativo y los buenos modales eran importantes. Al llegar a la isla un grupo de personas como los llamados “champetudos”, que no compartían su cultura y que, además, venían de condiciones precarias ya que en el continente eran marginados y carecían de educación, esto ha llevado a que sean una población estigmatizada en el contexto.

Esto también me hace pensar en que aquellos valores se van desvaneciendo cada vez más, aquel “pensamiento caribe” de respetabilidad y reputación se ha ido mermando a medida que la cultura de la isla se ve asimilada por la influencia continental.

El proceso paulatino de creolización también ha provocado que las formas de discriminación en el contexto cambien. Por ejemplo, en la época de la colonia inglesa, cuando se establecieron plantaciones, la discriminación claramente seguía una dinámica entre amos (blancos) y esclavos (negros); en la actualidad, y desde que los colombianos empezaron a llegar a la isla, han surgido nuevas formas de discriminación en las que dicha dicotomía ha perdido importancia.

Se debe considerar que la isla es un territorio que ha estado sujeto a una serie de cambios socio-económicos continuos desde mediados del siglo XX. Identifico estos cambios en dos etapas: la primera, en 1953 cuando se da la apertura del Puerto Libre, y la segunda, a finales de la década de los 90 cuando el gobierno de Cesar Gaviria empieza a abrir el mercado colombiano con políticas neoliberales. En 1953 es cuando inicia la migración desde el continente en razón de las buenas condiciones de vida que ofrecía la isla a comparación del continente, además de que se impulsa la industria turística. A lo anterior se suma la ausencia de violencia y el distanciamiento de los impactos del conflicto bélico-político que sucedía en el continente, lo que fue un factor importante para las personas que decidieron migrar a la isla.

Si bien durante mucho tiempo se pensó que el conflicto armado de Colombia no había tenido un impacto en la isla, en la actualidad esto ha cambiado, y es lo que me lleva a plantear la segunda etapa de cambios en la vida social de la isla, que se inició a finales de la década de los 90. Para este momento, los índices de muertes violentas empezaron a incrementarse en la isla debido

a la influencia del tráfico de drogas en la zona. Es decir, con el auge del narcotráfico es cuando el conflicto armado se empieza a sentir en la isla.

A partir de los relatos de desapariciones y asesinatos ocurridos en el contexto es que se empieza a difundir el tipo de violencia que se relaciona con el conflicto armado colombiano. Este tipo de eventos que no ocurrían antes comenzaron a marcar a la población y a hacer que la calidad de vida en la isla disminuyera.

Respecto a la percepción de los actores de violencia en la isla, esta depende de la edad de las personas a las que se les pregunte: por un lado, las personas mayores suelen atribuir la violencia a las personas de la Costa Atlántica, mientras que los jóvenes atribuyen la violencia y el narcotráfico tanto a las personas oriundas del continente como a nativos isleños.

Como lo he mostrado, en realidad lo que se está produciendo en el contexto es una creolización cultural. En el caso de la isla de San Andrés se da paso a una creolización de la violencia. Esta se refleja en que el conflicto armado se ha manifestado a través del poblamiento desorganizado de la isla de San Andrés, en el que al igual que las ciudades del país, en este caso Medellín, han sido poblados de manera irregular por personas que migraron en busca de mejores oportunidades a causa del conflicto armado, y que se encuentran en situación de marginación social.

Ahora, la creación y operación de bandas criminales en la isla se ha llegado a implantar en el inconsciente de la juventud a través de los medios de comunicación y del consumo cultural al que se ven sujetos los jóvenes a partir de las narcoculturas que vienen desde México y Colombia, en forma de series de televisión, música, y demás productos culturales. Las bandas criminales de los barrios de la isla, al tener una clara influencia de los Grupos Armados Organizados originados en el continente, empiezan a articular prácticas violentas como la extorsión, el sicariato y las fronteras invisibles en los barrios.

No son solo prácticas del continente, sino también de otros países, como lo es el caso de México, en el que los medios de comunicación son utilizados por parte de los grupos criminales para intimidar a la población. Esto mismo ocurre en la isla de San Andrés donde, por medio de las

redes sociales, se difunden tanto por iniciativa de la población civil, como de las bandas criminales imágenes y mensajes violentos.

De esta manera, nos encontramos frente a un territorio, una isla, que viene en un proceso de cambio desde los años 90. El turismo ha decaído, la economía también y la violencia ha impactado la vida de cada uno de los habitantes de la isla; algo que ninguno de ellos había experimentado con intensidad, o por lo menos no en la misma escala que las personas del continente. Esto ha hecho que la calidad de vida en la isla se deteriore paulatinamente.

Considero que en la actualidad no se puede comprender a la isla de San Andrés como un territorio o una entidad cultural separada de Colombia, de la manera como tradicionalmente se había hecho, resultado de la historia colonial única del Archipiélago respecto al continente. El territorio se ha integrado al país con los rastros de la violencia generada por el conflicto armado, entre ellos la violencia nacida del narcotráfico y el poblamiento irregular de algunos sectores de la isla.

Me gustaría que este trabajo se tome como una apertura etnográfica para comprender la violencia en clave de territorio insular colombiano. Si bien el conflicto armado no se manifestó de manera directa en el contexto, se ha empezado a sentir y a repercutir años después, por lo que este trabajo es una herramienta que permite ver las formas en las que los efectos del conflicto armado se manifiestan en el territorio insular. La literatura académica aún tiene un campo amplio para explorar este fenómeno, en clave de las particularidades culturales del territorio insular del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

En este trabajo hizo falta explorar con mayor profundidad las percepciones de los habitantes continentales que se encuentran en barrios de construcción reciente, ya que El Cocal y Natania fueron construidos en la década de los 60 y 70. En adelante, sería interesante trabajar con los jóvenes de estos barrios, en especial aquellos descendientes de isleños y continentales, para ampliar la perspectiva, dado que la academia ha indagado en la mayoría de sus investigaciones por la percepción raizal, por ejemplo Valencia (2015) Guevara (2007), Mantilla (2011) Charry (2008) Robinson (1974) Avella (2009).

La migración interdepartamental sería un tema interesante para abarcar, ya que los movimientos migratorios no han sido exclusivamente de continentales llegados a la isla, sino de raizales que han salido hacia el continente. Un análisis cultural de este aspecto contribuiría a comprender las causas de la partida de la gente desde la isla y posiblemente, los impactos de las transformaciones de este territorio.

Hoy en día la creolización en el territorio ha llegado a tal punto, que no se puede hablar de un solo grupo que participe en el narcotráfico o en la violencia que este genera. El origen étnico o la clase social de las personas es irrelevante a la hora de hablar de narcotráfico y violencia, pues son fenómenos tan profundos en la sociedad colombiana que desde el más rico al más pobre pueden estar vinculados a estos. Esto ocurre debido a la herida que ha dejado un conflicto armado por más de 60 años en la sociedad colombiana; no quiero decir que la cultura colombiana sea violenta, sino que el conflicto armado ha tenido un impacto cultural duradero en Colombia y hasta ahora es que ha llegado a manifestarse en la isla de San Andrés.

Referencias

- Abello, A. (2009). Cultura y narcotráfico en una frontera del Caribe occidental: el caso de Colombia y Nicaragua. *Cuadernos del Caribe*, 7(12), 72-80.
- Avella, F. (2009). Bases geohistóricas del Caribe insular colombiano. *Cuadernos del Caribe*, (12), 54-69.
- Benítez, A. (1986). La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña. *Cuadernos Hispanoamericanos*. Núm. 429, marzo 1986. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009.
- Benoist, J. and Bonniol, J (1997). *La diversité dans l'unité: la gestion pragmatique du pluralisme dans les sociétés créoles*. Classiques.uqac.ca. <https://acortar.link/3BYgUH>
- Castro, C. A. B. (2018). Mutaciones de la criminalidad colombiana en la Era del Posconflicto. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 23(1), 80-95.
- Canclini, N. G. (2006). *El consumo cultural: una propuesta teórica*. El consumo cultural en América Latina. Construcción teórica y líneas de investigación, 25-50.
- Casimir, J. (1992). *The Caribbean*. Santiago, Chile: ECLAC.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), Paramilitarismo. Balance de la contribución del CNMH al esclarecimiento histórico, Bogotá, CNMH.
- Charry Joya, C. (2008). Movilización social e identidad nacional en el Caribe insular colombiano. Una historia social contada desde el diario de campo. *Historia Crítica*, (35), 58-81. doi: 10.7440/histcrit35.2008.05
- Chaudenson, R., & Mufwene, S. (2002). *Creolization of Language and Culture*. Hoboken: Taylor and Francis.

- CHDV (2015). Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia. Introducción conjunta a las dos relatorías de la comisión histórica del conflicto y sus víctimas. Ediciones Desde Abajo.
- Cunin, E. (2003). *Identidades a flor de piel. Lo “negro” entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad de los Andes, Instituto Francés de Estudios Andinos, Observatorio del Caribe Colombiano, Bogotá.
- DANE (2005). *Boletín: Censo General 2005 Archip, de San Andres*. <https://acortar.link/hVTloI>
- Doyle, C. (2016). Explaining patterns of urban violence in Medellín, Colombia. *Laws*, 5(1), 3.
- El tiempo, (2018). Fiscalía alerta de presencia de mafia mexicana en 10 zonas de Colombia. En: El tiempo. <https://acortar.link/yq5dQk>
- Fajardo, D. (2015). Estudio sobre los orígenes del conflicto armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana. *Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas*. Eds. Eduardo Pizarro y Víctor Moncayo. Bogotá: Presidencia de la República.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas* (Vol. 55). Ediciones Akal.
- Figueredo, D. H., & Argote-Freyre, F. (2008). *A brief history of the Caribbean*. Infobase Publishing.
- Glissant, E. (1992). *Caribbean discourse: Selected essays*. University of Virginia Press.
- Gilroy, P. (1993). *The black Atlantic*. Library of congress.
- Goldschmidt, R. (2015). Judíos en la isla de San Andrés de Colombia. www.Diariojudio.com.
- Gómez, J. E. S., Cárdenas, E. R., & López, J. R. N. (2018). Las fronteras invisibles en las comunas 16 y 70 de Medellín (2008-2013): poder, territorio y resistencia. *El Ágora USB*, 18(2), 384-401.

- Gómez, M. L. P. (2019). El mar Caribe, el narcotráfico y los «nuevos piratas». En *Panorama geopolítico de los conflictos 2019* (pp. 199-220). Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- González, G. (2015). Généalogie et famille insulaire : les unions mixtes et leurs descendants sur l'île de San Andrés, caraïbe colombienne. *Anthropologie sociale et ethnologie*. Tesis doctor École pratique des hautes études - EPHE PARIS, 2015. Français.
- Guevara, N. (2007) “San Andrés Isla, memorias de la colombianización y reparaciones”. *Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - CES.
- Hall, S. (2003) ‘Creolité and the Process of Creolization’, in O. Enwezor, C. Bausaldo, U. Meta Bauer et al. (eds) (2003) *Créolité and Creolization: Documenta 11 Platform 3* (Ostfildern-Ruit: Hatje Cantz), pp. 27–41
- Hall, S., Restrepo, E., Walsh, C., & Vich, V. (2010). *Sin garantías*. Envió editores.
- Hernández, S. C., & Olivera, L. F. C. (2017). Coca, instituciones y desarrollo: los retos de los municipios productores en el posacuerdo. *Dejusticia*.
- Infobae. (2020). *Narcotráfico Mexicano en Colombia: cada vez más visible, armado y posicionado*. En *Infobae*. <https://acortar.link/khvcFl>
- James, J. (2014). *La travesía económica del poder. Una mirada a la historia de San Andrés*. Johannie James Cruz. Universidad Nacional Sede Caribe, San Andrés 2014 (1st ed.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Sede Caribe).
- James, J, y Soler, C. (2018). “San Andrés: cambios en la tierra y transformación en el paisaje.” *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 27 (2): 372-388. doi: 10.15446/rcdg.v27n2.65356.
- Madariaga, P. (2006). *Matan y matan y uno sigue ahí-control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá*. Maestría en Antropología. Universidad de los Andes.

-
- Mantilla, S. (2011). Narcotráfico, violencia y crisis social en el Caribe insular colombiano: El caso de la isla de San Andrés en el contexto del Gran Caribe. *Estudios políticos*, 38, Medellín, enero-junio de 2011: pp. 39-67.
- Meisel-Roca, A. (2003). La continentalización de la isla de San Andrés, Colombia: Panyas, raizales y turismo, 1953-2003. *Documentos de Trabajo Sobre Economía Regional y Urbana; No. 37*.
- Molano, A. (2015). "Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010). Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia. Comisión Histórica del conflicto y sus víctimas. Febrero de 2015. Pp.541-597
- Monte La Ley. La Ley del Monte (1988). <https://acortar.link/kh2Exu>
- Montoya, V; García, A; Ospina, C (2014). Andar dibujando y dibujar andando: cartografía social y producción colectiva de conocimientos. *Nómadas* (Col), núm. 40, pp. 190-205 Universidad Central Bogotá, Colombia.
- Moser, C. O. (2004). Urban violence and insecurity: an introductory roadmap. *Environment and urbanization*, 16(2), 3-16
- Nordstrom, C., & Robben, A. C. (Eds.). (1995). *Fieldwork under fire: Contemporary studies of violence and culture*. Univ of California Press.
- Patiño, O. (2020). El fenómeno paramilitar en Colombia. *Bajo el volcán. Revista del posgrado de sociología. BUAP. 1(6)*.
- Pérez, M., & Velázquez, J. (2017). Algunas anotaciones sobre el origen legal de los grupos paramilitares en Colombia. En <https://acortar.link/ACimP3>
- Price Jr, T. «Algunos aspectos de estabilidad y desorganización cultural en una comunidad isleña del Caribe colombiano.» *Revista colombiana de Antropología* III (1954b): 11-54.

- Ramirez-Cruz, H. (2017). Ethnolinguistic vitality in a creole ecology: San Andres and Providencia. Tesis de doctorado. Universidad de Pittsburg.
- Ramirez, M. (2019). "Militarism in the Colombian Periphery in the context of Illegality, Counterinsurgency and the Postconflict" *Current Anthropology*, vol. 60, supl19, pp. 134-147
- Ramírez Torres, L. (2005). *¿Gomelos, champes o normales? Representaciones de las identidades juveniles en San Andrés Isla*. Trabajo de grado. Universidad Nacional de Colombia.
- Ramos Joaqui, D. E., & Pardo Verdugo, A. J. (2018). El impacto de la industria turística en la población nativa del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina: de la declaración del puerto libre al plan de desarrollo "Living Islands for all". Trabajo de grado. Universidad de la Salle.
- Reguillo, R. (2003). Las culturas juveniles: un campo de estudio; breve agenda para la discusión. *Revista Brasileira de educação* N°23, pp 103-118.
- Rivera, E. (2007). Historia del paramilitarismo en Colombia. *História (São Paulo)*, 26(1), 134-153.
- Robinson, D. (1974). *La otra cara del paraíso turístico*. Condiciones socioeconómicas del nativo en el Puerto Libre de San Andrés y Providencia. En <https://acortar.link/104SGB>
- Romero, J. (1999). *Latinoamerica: las ciudades y las ideas*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Romero, R. R., & Ortega, A. V. (Eds.). (2020). *Memorias, historias y olvidos: Colonialismo, sociedad y política en San Andrés y Providencia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, A. (2013). Violencia y narcotráfico en San Andrés. *Documentos de trabajo sobre economía regional* N° 181 (Banco de la república).
- Sánchez, J. (2014). Estudios de violencia y conflicto: aproximación a un análisis transdisciplinar de la violencia política. *Comunicación, cultura y política* Vol.5-No.1
- Santorum, S. G. (2010). El papel del narcotráfico en los feminicidios de Ciudad Juárez. En *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional* (pp. 606-630). Universidad de Santiago

de Compostela, Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas Gumersindo Busto; Consejo Español de Estudios Iberoamericanos.

Salas, J. (2015). Turismo, soberanía nacional y transformación social en el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, Colombia. *Letras Verdes. Revista Latinoamericana De Estudios Socioambientales*, (18), 91-112.

Solano, Y. (2014). Contribuciones feministas al análisis de las periodizaciones en la historiografía de las Islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina (Caribe insular colombiano). *Cuadernos del Caribe*, 11(17), 21-36.

Suárez Gómez, J., Ramírez Cárdenas, E., & Nieto López, J. (2018). Las fronteras invisibles en las comunas 16 y 70 de Medellín (2008-2013): poder, territorio y resistencia. *El Ágora USB*, 18(2), 384-401. <https://doi.org/10.21500/16578031.3825>

Taylor, S. (2010). Los Half & Half o Fifty Fifties de San Andrés. Los actores invisibles de la raizalidad (Doctoral dissertation, Tesis de maestría estudios caribeños. San Andrés: Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe).

Torres, S. (2010). ¿raizales, pañas, fifty, turcos o isleños?: construcción de identidades en un contexto multiétnico. *Revista Palabra*, “palabra que obra”, (11), 122-143

Torres, S. (2013). Los raizales: cultura e identidad angloafrocaribeña en el Caribe Insular colombiano. *Revista Cuadernos del Caribe*.

Valencia, I. (2015). Conflictos interétnicos en el caribe insular colombiano. *Revista Controversia*, (205), 173-217.

Viveros, M. (2000). Dionisios negros: sexualidad, corporalidad y orden racial en Colombia. *Subjetividades e identidades*.

Wilson, Peter J. 2004. *Las Travesuras del Cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Editorial Unibiblos - Universidad Nacional de Colombia.

Williams, P. (2010). El crimen organizado y la violencia en México: una perspectiva comparativa. *ISTOR: Revista de Historia Internacional*, 11(42), 15-40.

Zambrano, M. (2007). Piratas, piratería y comercio ilícito en el Caribe: la visión del otro (1550- 1650) *Historia Caribe*, vol. IV, núm. 12, 2007, pp. 23-56 Universidad del Atlántico Barranquilla, Colombia